se beneficia también, las acciones abiertas de desarrollo histórico positivo tienen que surgir en los países dominados por los Estados Unidos, donde las agencias sociales necesitadas de un cambio radical están mucho más listas para la tarea. Como escribí un tiempo atrás en Más allá del capital:

> Latinoamérica promete para el futuro más de lo que por el momento podemos hallar en los países capitalistamente avanzados. Ello resulta comprensible, porque la necesidad de un cambio radical está ejerciendo mucha mayor presión en Latinoamérica que en Europa y los Estados Unidos, y las soluciones de "modernización" y "desarrollo", una vez prometidas, demostraron una luz siempre en retroceso en un túnel que se hace cada vez más largo. Así, si bien sigue siendo verdad que el socialismo debe calificar como un enfoque universalmente viable, que abarque las áreas capitalistas más desarrolladas del mundo, no podemos considerar este problema en términos de una secuencia temporal en la cual una futura revolución social en los Estados Unidos debe tener precedencia por sobre todo lo demás. Nada de eso. Porque dada la inercia masiva generada por los intereses creados del capital en los países capitalistamente avanzados, junto con la complicidad consensual en ellos del laborismo reformista, resulta mucho más probable que se de una revuelta social que encienda la mecha en Latinoamérica que en los Estados Unidos, con implicaciones de largo alcance para el resto del mundo. (*Más allá del Capital: Hacia una Teoría de la Transición*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, 2001, p. XXVIII).

Esa es nuestra esperanza para un futuro no muy lejano, basada en el fermento social y la radicalización de que somos testigos en muchas partes de América Latina. Las implicaciones de tales desarrollos son universales. Las causas más profundamente arraigadas de nuestro peligroso apremio están tan íntimamente entrelazadas que ni el más poderoso país puede detener indefinidamente a las fuerzas que presionan por una vía alternativa de conducir nuestra vida, cuando la cada vez más profunda crisis estructural del sistema capitalista sigue su curso. Al respecto es necesario ganar conciencia no solo de los peligros que encaramos sino de nuestra capacidad para instituir un orden social radicalmente diferente. En plena solidaridad con el pueblo latinoamericano, Socialismo o barbarie *está dedicado a esa finalidad.*

Rochester, Mayo 16 de 2003

INTRODUCCIÓN

Llegó a su fin el siglo XX, descrito por sus apologetas más entusiastas como el "siglo americano". Estas opiniones se manifiestan como si no hubieran ocurrido la Revolución de Octubre de 1917, ni las revoluciones china y cubana, ni las luchas por la liberación colonial de las décadas siguientes, sin mencionar la humillante derrota de los Estados Unidos en Vietnam. De hecho, los defensores acríticos del orden establecido anticipan confidencialmente que no apenas el siglo XXI, sino todo el próximo milenio, está destinado a conformarse con las reglas incontestables de la "Pax Americana". Aun así, lo cierto es que las causas profundas subyacentes de los grandes terremotos sociales del siglo XX antes mencionados —a los cuales se les podrían fácilmente sumar otros, tanto positivos como negativos, como las dos guerras mundiales—, no fueron solucionadas por los acontecimientos subsiguientes, a pesar del enorme realineamiento de las fuerzas favorables al capitalismo durante la última década. Por el contrario, a cada nueva fase de la postergación forzada, las contradicciones del sistema del capital solo se pueden agravar, trayendo consigo un peligro todavía mayor para la propia sobrevivencia de la humanidad.

La falta de solución crónica de nuestros antagonismos, compuesta por la incontrolabilidad del capital, puede, por algún tiempo todavía, continuar generando una atmósfera de triunfalismo, así como ilusiones engañosas de permanencia, como sucedió en un pasado reciente. Pero, a su debido tiempo, los problemas crecientes y destructivamente intensos tendrán que ser enfrentados. Pues, si en el siglo XXI ocurriera realmente el triunfalismo del "siglo americano" del capital, no habrá en el futuro otros siglos para la humanidad, mucho menos un milenio. Esto no tiene nada que ver con el antiamericanismo. Ya en 1992 expresé mi convicción de que:

> el futuro del socialismo será decidido en los Estados Unidos, por más pesimista que esto pueda parecer. Intento mostrar esto en la última parte de *The Power of Ideology*[6], en el cual discuto el problema de la universalidad. O el socialismo se afirma universalmente de forma tal que incorpore todas las áreas, inclusive las áreas capitalistas más desarrolladas del mundo, o estará condenado al fracaso.[7]

Dada la actual situación del desarrollo, con sus grandes problemas intrínsecos que reclaman una solución duradera, solamente una respuesta universalmente válida puede funcionar. Pero, no obstante su globalización impuesta, el sistema irreversiblemente perverso del capital es estructuralmente incompatible con la universalidad, en cada sentido del término.

[6] *The Power of Ideology*, Londres/Nueva York, Harvester Wheatsheaf/New York University Press, 1989, pp. 462-70.

[7] "Marxism Today", entrevista publicada en *Radical Philosophy*, no. 62, otoño de 1992.

1

CAPITAL: LA CONTRADICCIÓN VIVA

1.1

Independientemente de los alegatos de la actual "globalización", es imposible que exista universalidad en el mundo social sin *igualdad sustantiva*. Evidentemente, por tanto, el sistema del capital, en todas sus formas concebibles o históricamente conocidas, es totalmente incompatible con sus propias proyecciones —aun siendo estas distorsionadas o estropeadas— de universalidad globalizante. Y es enormemente más incompatible con la única realización significativa de universalidad viable, capaz de armonizar el desarrollo universal de las fuerzas productivas con el desarrollo abarcador de las capacidades y potencialidades de los individuos sociales libremente asociados, basados en sus aspiraciones conscientemente perseguidas. La *potencialidad* de la tendencia universalizante del capital, a su vez, se transforma en la *realidad* de la *alienación deshumanizante* y *en la reificación*. Según dice Marx:

> Cuando se elimina la forma burguesa limitada, ¿qué cosa es la riqueza sino la universalidad de, entre otras, las necesidades,

> capacidades, placeres, fuerzas productivas individuales creadas por medio del intercambio universal? ¿El completo desarrollo del control humano sobre las fuerzas de la naturaleza, considerando así tanto las de la llamada naturaleza como las de la naturaleza humana? ¿El desarrollo absoluto de sus potencialidades creativas, sin otros presupuestos que no sea el desarrollo histórico anterior que compone esa totalidad del desarrollo, o sea, el desarrollo de todas las capacidades humanas como un fin en sí, no como medida por un patrón arbitrario? Cuando el hombre no se reproduce en una especificidad, sino que produce su propia totalidad, ¿lucha para no permanecer siendo algo en lo que se transformó, sino para continuar un movimiento absoluto de transformación? En la economía burguesa —y en la era de producción que le corresponde—, ese desarrollo completo del contenido humano aparece como una sustracción completa, esa objetivación universal como alienación total, y el desmoronamiento de todos los objetivos limitados y parciales como un sacrificio del fin-en-sí humano a un fin enteramente externo.[8]

El desarrollo de la división *funcional* —en principio, universalmente aplicable— del trabajo constituye la dimensión *horizontal* potencialmente liberadora del proceso de trabajo del capital. A pesar de esto, esa dimensión es inseparable de la división *vertical/jerárquica* del trabajo en el cuadro de la *estructura de comando del capital*. La función de la dimensión vertical es proteger los intereses vitales del sistema asegurando la expansión continua de la extracción del plustrabajo basada en la explotación máxima practicable de la totalidad del trabajo. Consecuentemente, la fuerza estructurante horizontal solo puede desarrollarse hasta el punto en que permanece bajo el control firme de la dimensión vertical en el horizonte reproductivo del capital.

Esto quiere decir que ella solo puede seguir su propia dinámica hasta el punto en que los desarrollos productivos siguientes permanezcan *contenidos* en los parámetros de los imperativos del capital (y limitaciones correspondientes). Las exigencias de control del orden vertical del capital constituyen el momento supremo en la relación entre las dos dimensiones. Pero, al tiempo que en la fase ascendente del desarrollo del sistema las dimensiones horizontal y vertical se complementaban por medio de cambios

[8] Karl Marx, *Grundrisse*, Nueva York, Vintage, 1973, p. 488.

recíprocos relativamente flexibles, una vez terminada la fase ascendente, lo que antes era *momento supremo [übergreifendes Moment]* de un complejo dialéctico se transforma en una *determinación disruptiva* [de interrupción] *unilateral*, que trae en sí graves limitaciones al desarrollo productivo y una importante crisis de acumulación ya completamente evidente en nuestro tiempo. Es por eso que, en el interés de salvaguarda y de la parcialidad autoorientada y de la insuperable jerarquía estructural del capital, se aborta la prometida universalidad potencial en el desarrollo de las fuerzas productivas.

El sistema del capital se articula en una red de contradicciones que solo se consigue *administrar* medianamente, y aún así durante un corto intervalo, pero que no se consigue *superar* definitivamente. En la raíz de todas ellas encontramos el antagonismo irreconciliable entre capital y trabajo, asumiendo siempre y necesariamente la forma de *subordinación estructural y jerárquica del trabajo al capital*, sin importar el grado de elaboración y mistificación de las tentativas de camuflarla. Para limitarnos apenas a algunas de las principales contradicciones a ser enfrentadas, tenemos:

- producción y control;
- producción y consumo;
- producción y circulación;
- competencia y monopolio;
- desarrollo y subdesarrollo (o sea, la división entre norte y sur, tanto globalmente como en el interior de cada país);
- expansión cargada de las semillas de una contracción destinada a producir crisis;
- producción y destrucción (esta última generalmente glorificada como "productiva" o "destrucción creativa");
- dominación estructural del capital sobre el trabajo y su dependencia insuperable del trabajo vivo;
- producción de tiempo libre (trabajo adicional) y su paralizante negación con el imperativo de reproducir y explotar el trabajo necesario;
- forma absolutamente autoritaria de la toma de decisiones en el proceso productivo y la necesidad de su implementación "consensual";

- expansión del empleo y generación del desempleo;
- impulso del ahorro de recursos materiales y humanos combinado con el absurdo desperdicio de estos;
- crecimiento de la producción a todo costo y la concomitante destrucción ambiental;
- tendencia globalizadora de las empresas transnacionales y restricciones necesarias ejercidas por los Estados nacionales contra sus rivales;
- control sobre unidades productivas específicas y falta de control sobre su ambiente (de aquí el carácter extremadamente problemático de todas las tentativas de *planificación* en todas las formas concebibles del sistema del capital); y
- contradicción entre la regulación económica y política de extracción del plustrabajo.

Es absolutamente inconcebible superar cualquiera de estas contradicciones, mucho menos esta red indescifrablemente combinada, sin instituir una alternativa radical al modo de control del metabolismo social del capital. Una alternativa basada en la *igualdad sustantiva*, cuya ausencia total es el denominador común y el núcleo vicioso de todas las relaciones sociales bajo el sistema existente.

Ante la crisis estructural del capital como tal, en contraste con las crisis *coyunturales periódicas* del capitalismo observadas en el pasado, es importante todavía subrayar que los problemas son fatalmente agravados en el estadío actual de desarrollo, injertando en la agenda histórica la necesidad de un control global viable de la producción material y de los intercambios culturales de la humanidad como cuestión de mayor urgencia. Marx en su tiempo podía hablar del desarrollo del sistema del capital como aquel que, a pesar de sus propias barreras y limitaciones, "amplía el círculo de consumo" y "derrumba todas las barreras que restringen el libre desarrollo de las fuerzas productivas, la expansión de las necesidades, el desarrollo general de la producción, y la explotación y el intercambio de las fuerzas mentales y naturales".[9] En este espíritu, pudo caracterizar el completo desarrollo del sistema del capital como "la *presuposición* de un nuevo modo de producción".[10] Hoy no tiene sentido hablar de un "*desarrollo general de la producción*" asociado a la expansión de las *necesidades humanas*. Así, dada la forma en que se realizó la deformada tendencia globalizante del capital —y que continúa imponiéndose—, sería un suicidio enfrentar la realidad destructiva del capital como el presupuesto de un nuevo y absolutamente necesario modo de reproducir las condiciones sustentables de la existencia humana. En la situación de hoy, el capital ya no está en condiciones de preocuparse con el "aumento del círculo de consumo", para beneficio del "individuo social pleno" del que hablaba Marx, sino apenas con su reproducción ampliada a cualquier costo, que puede ser asegurada, por lo menos por algún tiempo, por varias modalidades de destrucción. Pues, desde el perverso punto de vista del "proceso de realización" del capital, *consumo y destrucción son equivalentes funcionales*. Hubo una época en la que el aumento del círculo del consumo se hacía acompañar del imperativo destructivo de la auto-realización ampliada del capital. Con el fin de la ascensión histórica del capital, las condiciones de reproducción expandida del sistema fueron radical e irremediablemente alteradas, trayendo al primer plano sus tendencias destructivas y su compañero natural, el desperdicio catastrófico. Nada ilustra mejor este hecho que el "*complejo militar/industrial*" y su continua expansión, a pesar de la fábula de un "nuevo orden mundial" y del así llamado "dividendo de la paz", después del "final de la Guerra Fría" (volveremos a este complejo de problemas en la sección 2.7).

[9] *Ibídem*, pp. 408 y 410.

1.2

Paralelamente a estos desarrollos, la cuestión del desempleo también fue significativamente alterada para peor. Ya no es limitado a un "ejército de reserva" a la espera de ser activado y traído para el cuadro de la expansión productiva del capital, como aconteció durante la fase de ascensión del sistema, a veces en una extensión prodigiosa. Ahora la grave realidad del deshumanizante desempleo asume un carácter *crónico*, reconocido hasta por los

[10] *Ibídem*, p. 540.

defensores más acríticos del capital como "desempleo estructural", bajo la forma de autojustificación, como si nada tuviese que ver con la naturaleza perversa de su adorado sistema. En contraste, en las décadas de expansión continua de la pos-guerra, el problema del desempleo fue considerado permanentemente resuelto. Así, uno de los peores apologetas del capital —Walt Rostow, figura de proa en el "tanque de cerebros" del presidente Kennedy— declaró arrogantemente en un libro vacío, pero profusamente divulgado, que:

> Hay muchas razones para creer, examinando la reacción del proceso político incluso en las pequeñas bolsas de desempleo en las sociedades democráticas modernas, que las políticas lentas y tímidas de las décadas de 1920 y 1930 ya no pueden ser toleradas en las sociedades occidentales. Y ahora ya se conocen ampliamente los trucos técnicos de esas políticas —debidos a la revolución keynesiana. No se debe olvidar que Keynes se impuso la tarea de derrotar el pronóstico de Marx sobre el desarrollo del desempleo bajo el capitalismo; y de modo general tuvo éxito.[11]

En el mismo espíritu, Rostow y todo el ejército de la economía burguesa preveían confiadamente que no solamente las "bolsas de desempleo" de las democracias occidentales se transformarían rápida y permanentemente en oasis de "riqueza" y prosperidad, sino que gracias a sus recetas y trucos de maestros de la *"modernización"*, que son universalmente aplicables, el Tercer Mundo también llegaría al mismo nivel de "desarrollo" y de la feliz realización de "nuestras democracias occidentales". Pues se creía que era parte de la naturaleza predeterminada del universo atemporal que el "subdesarrollo" estaría seguido por el *"despegue"* capitalista, que, a su vez, traía inexorablemente consigo un *"impulso hacia la madurez"*, siempre que las fuerzas políticas de las "democracias occidentales" evitasen las malas acciones de revolucionarios creadores de problemas que tienen la tendencia a oponerse a aquel orden.

La euforia produjo una industria generosamente financiada de "estudios de desarrollo", que se expande en círculos cada vez mayores y que finalmente cae en las arenas del completo olvido,

[11] Walt Rostow, *The Stages of Economic Growth*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960, p. 15?

como las gotas de lluvia en la playa, en la medida que, con el surgimiento de la crisis estructural del capital, el monetarismo neoliberal asumía la posición de orientador ideológico hasta entonces ocupada por los sumos sacerdotes de la salvación keynesiana. Esto excluyó la premisa básica que justificaba la expansión de la disciplina. Y cuando finalmente se hizo claro que los trucos keynesianos no serían capaces de recrear los "milagros" anteriores (o sea, las condiciones descritas como "milagros" por aquellos que en la época ilógicamente creían en ellos, no por sus adversarios críticos), los antiguos propagandistas de la solución final keynesiana de las imperfecciones del capital simplemente cambiaron de traje y, sin la menor señal de autocrítica, invitaron a todos los que todavía no habían alcanzado su propio grado de esclarecimiento trascendental a despertar de su sueño para dar al viejo héroe un entierro decente.[12]

Así, la ideología de la Modernización del Tercer Mundo tuvo que ser abandonada —de forma hasta cierto punto humillante. La cuestión todavía fue más complicada por la amenaza creciente de un desastre ecológico y por el hecho evidente de que si el "impulso para la modernidad del Tercer Mundo" llevase a que prevalecieran los niveles de desperdicio y contaminación producidos por el país modelo de la "modernización" —los Estados Unidos— apenas en China y la India, las consecuencias serían devastadoras también para las "democracias occidentales" idealizadas. Además, la solución egoísta propuesta recientemente por los Estados Unidos —la compra de los "derechos de contaminación" de los países del Tercer Mundo— sería un concepto autodestructivo si no admitiese al mismo tiempo la continuidad del "subdesarrollo del Tercer Mundo".

Así, a partir de ahora, la ideología de la "modernización" tendría que ser usada por todas partes, inclusive por las "democracias occidentales", como un nuevo tipo de arma para castigar y descalificar al "Viejo Laborismo" que se resiste a modernizarse como un "Nuevo Laborismo"; o sea, por no ser capaz de modernizarse por el abandono completo inclusive de los principios y compromisos levemente socialdemócratas, como hizo el "Nuevo

[12] Ver editorial en *The Economist* de Londres, titulado "Time to bury Keynes", 3 de julio de 1993, pp. 21-22; la pregunta fue respondida por los editores del *The Economist* con un enfático "sí".

Laborismo". Los nuevos objetivos de propaganda universalmente recomendables e impuestos son *"democracia y desarrollo"*: democracia modelada por el consenso político entre demócratas y republicanos, de los Estados Unidos, cuyo resultado es la *pérdida completa de libertad* de la clase trabajadora inclusive en el sentido estrictamente parlamentario; y desarrollo como nada más que lo que se puede introducir en la concha vacía de la definición más tendenciosa de "democracia formal", a ser impuesta a todo el mundo, a partir de las "recién emergentes democracias" de Europa Oriental y de la antigua Unión Soviética hasta el Sudeste Asiático y África, así como en la América Latina. Como afirmó un importante órgano de propaganda del G7, dominado por los Estados Unidos, el *The Economist* de Londres, con su cinismo inimitable:

> No hay alternativa al libre mercado como forma de organizar la vida económica. La expansión de la economía de libre mercado deberá llevar gradualmente a la democracia multipartidista, pues las personas que tienen libertad de elección económica tienden a insistir en la posesión también de la libertad de elección política.[13]

Para el trabajo, como antagonista del capital, la "libre elección económica" en el empleo solo puede significar sumisión a las órdenes emanadas de los imperativos expansionistas del sistema; y, para el número siempre creciente de otros no tan "felices", significa la exposición a las humillaciones y al extremo sufrimiento causado por el "desempleo estructural". En relación con la libre elección política a ser ejercida en el cuadro de una "democracia multipartidista", ella se resume, en realidad, a la aceptación amargamente resignada de las consecuencias de un *consenso* político que se estrecha cada vez más llevando a no menos del 77% de los electores ingleses —y casi la misma proporción en otros países de la Comunidad Europea— a resistirse a participar en un ritual tan sin sentido como las últimas elecciones nacionales convocadas para elegir los miembros del Parlamento europeo.

Así, tal como aconteció en el campo del empleo productivo, como resultado de la reducción de los márgenes del capital,

[13] *The Economist*, 31 de diciembre de 1991.

constatamos dramáticos retrocesos también en el campo de la representación y de la administración políticas. En el dominio de la producción, el desarrollo de la fase ascendente del capital trajo consigo la expansión intensiva del empleo, que hoy da lugar a la peligrosa tendencia al desempleo crónico. En relación con el dominio político, se percibió un movimiento de ampliación espectacular de los derechos, desde el sufragio universal a la correspondiente formación de los partidos obreros de masa, sucedida por el retroceso completo de la pérdida de los derechos no formales, pero efectivos de los trabajadores, en el universo de su propia representación parlamentaria. En relación con esto, basta recordar las típicas formaciones políticas del "Nuevo Laborismo" y sus semejantes, que, del "otro lado", operan con camarillas restringidas, una peculiarísima "toma de decisión política", imponiendo implacablemente la idea de que "no hay alternativa" a cualquier voz disidente, si por casualidad naciera alguna contradicción entre los miembros del gobierno, cuya función es aprobar todo lo que está pre-establecido.

1.3

La devastadora tendencia al desempleo crónico hoy afecta inclusive a los países capitalistas más avanzados. Al mismo tiempo, también las personas todavía empleadas en aquellos países tienen que soportar el empeoramiento de sus condiciones materiales de existencia, lo que es admitido incluso por las estadísticas oficiales. Pues el final de la ascensión histórica del capital también trajo consigo una *ecualización hacia abajo de la tasa diferencial de explotación*.[14]

[14] Un ejemplo alarmante de la tasa diferencial de explotación nos fue ofrecido por el ensayo de un importante historiador filipino, Renato Constantino. Según él, "La Ford Filipinas Inc., fundada en 1967, es hoy (cuatro años después) la número 37 entre las mil mayores empresas de Filipinas. En 1971 anunció un lucro sobre el patrimonio líquido de 121,32%, al paso que la tasa de lucro global de la empresa en 133 países fue de apenas 11,8%. Además de todos los incentivos extraídos del gobierno, los altos lucros de la Ford se deben principalmente a los bajos salarios. Mientras en los Estados Unidos la remuneración por hora de la mano de obra calificada era de US$ 7,50 (en 1971), la remuneración por tabajo equivalente en Filipinas era de apenas US$ 0,30". (Renato

El fin de la "modernización del Tercer Mundo" acentúa un problema fundamental del desarrollo del sistema del capital. Enfatiza el relevante significado histórico del hecho de que el capital se ha mostrado incapaz de completar su propio sistema en la forma de capitalismo global, o sea, como la regulación aplastantemente económica de la extracción del *trabajo adicional* [*surplus labor*] como *plusvalía [surplus-value]*. A pesar de todas las fantasías pasadas del "despegue" y del "impulso hacia la madurez", hoy casi la mitad de la población del mundo está forzada a reproducir sus condiciones de existencia bajo formas que contrastan fuertemente con el "mecanismo de mercado" idealizado como el regulador absolutamente dominante del metabolismo social. En vez de completarse como sistema capitalista global propiamente, el capital, a no ser en los países donde predominó su modo de control económico de la apropiación del trabajo adicional, también logró crear *enclaves capitalistas* con un relativamente vasto traspatio [*hinterland*] *no capitalista*. Bajo este aspecto la India es un ejemplo obvio, y China, por el contrario, un ejemplo mucho más complicado, pues allá el Estado no puede ser calificado como capitalista (mientras que el país tiene importantes enclaves capitalistas, dentro de un territorio [*hinterland*] no capitalista con más de un billón de personas). De cierta forma, esto es análogo a algunos antiguos imperios coloniales, por ejemplo, el Imperio Británico. Inglaterra ejerció absoluto control político y militar en la India, explotando completamente sus enclaves capitalistas, dejando al mismo tiempo la mayoría abrumadora de la población abandonada a sus propios recursos de subsistencia precolonial, ulteriormente agravados durante el colonialismo.

Por una serie de razones, incluyendo la articulación estructural del "capitalismo avanzado" con la catastróficamente perdularia tasa de utilización decreciente como importante condición de expansión continua, no es concebible que ese fracaso del capitalismo sea remediado en el futuro. Así, el fracaso de la modernización capitalista del "Tercer Mundo", a pesar de todos los esfuerzos en ella invertidos durante las décadas de expansión de la posguerra, llama nuestra atención sobre un defecto estructural fundamental de todo el sistema.

En este contexto, es necesario mencionar un problema adicional: la "hibridación" evidente hasta en los países capitalistamente avanzados. Su principal dimensión es el siempre creciente involucramiento —directo e indirecto— del Estado, en salvaguardar la continuidad del modo de reproducción del metabolismo social del capital. A pesar de todas las protestas en contra, combinadas con fantasías neoliberales relativas al "retroceso de las fronteras del Estado", el sistema del capital no sobreviviría una única semana sin el fuerte apoyo que recibe del Estado. Ya discutí ese problema en otra parte y, por tanto, una breve mención aquí debe ser suficiente. La cuestión remite a la reaparición contundente en el siglo XX de aquello que Marx denominó "ayuda externa", término ya empleado por Enrique VIII y otros para referirse a los primeros desarrollos capitalistas, desde las "políticas agrícolas comunes" y garantías de exportación hasta los inmensos fondos de investigación financiados por el Estado y el apetito insaciable del complejo militar-industrial.[15] Lo que torna mucho más grave ese problema es la insuficiencia de la ayuda independientemente de la cantidad ofrecida. El capital, en la fase actual de desarrollo histórico, se hizo completamente dependiente de la oferta siempre creciente de "ayuda externa". A pesar de esto, en relación con ese aspecto, nos estamos aproxi-

Constantino, *Neo-Colonial Identity and Counter-Consciousness: Essays in Cultural Decolonization*. Londres, Merlin Press, 1978, p. 234.) Los relativos privilegios disfrutados en el pasado por las clases trabajadoras en los países capitalistas avanzados comenzaron a erosionarse en las tres últimas décadas, como resultado del estrechamiento de los márgenes del capital y de la globalización transnacional en curso. Esa nivelación hacia abajo de la tasa diferencial de explotación es una tendencia muy significativa de desarrollo en nuestro tiempo, y deberá afirmarse con severidad creciente en las décadas venideras.

[15] Rosa Luxemburgo ya enfatizaba proféticamente, en 1913, la importancia creciente de la producción militarista, mostrando que "el Capital en sí es el controlador último de ese movimiento automático y rítmico de la producción militarista por medio del legislativo y de una prensa cuya función es moldear la así llamada 'opinión pública'. Es por eso que esta provincia particular de la acumulación capitalista parece a primera vista capaz de expansión infinita". (Rosa Luxemburgo, *The Accumulation of Capital*. Londres, Routledge, 1963, p. 466.). El papel del nazifascismo en la extensión de la producción militarista es suficientemente obvio, como también lo es la prodigiosa (y muy pródiga) "ayuda externa" ofrecida al capital de las "democracias occidentales" y en otras partes por el complejo militar-industrial después de la Segunda Guerra Mundial. Una especie importante, aunque ligeramente diferente, de ayuda

mando a un límite sistémico, pues estamos obligados a enfrentar la *insuficiencia crónica de ayuda externa* referida a aquello que el Estado está en condiciones de ofrecer. En realidad, la crisis estructural del capital es inseparable de la insuficiencia crónica de esa ayuda externa, bajo condiciones en que los defectos y las fallas de ese sistema antagónico de reproducción social exigen una oferta ilimitada de ella.

externa fue la ofrecida al capital por todas las variedades de keynesianismo en las décadas de la posguerra. Bajo este aspecto, lo que no es tan obvio es la dedicación concienzuda de F. D. Roosevelt al mismo objetivo aún antes de su elección a la presidencia. Él llegó inclusive a anticipar la condena de lo que más tarde sería conocido como "neoliberalismo" al insistir —en un discurso el 2 de Julio de 1932— que "debemos rechazar inmediatamente las provisiones legales que imponen al Gobierno Federal la obligación de ir al mercado para comprar, vender y especular con productos agrícolas en una tentativa fallida de reducir los excedentes agrícolas. Y son estas personas las que hablan de *mantener el Gobierno lejos de los negocios*" (F. D. Roosevelt, The New Deal Speach Before the Democratic Convention, Chicago, Illinois, 2 de julio de 1932; todas las citas de los discursos de Roosevelt fueron tomadas de *Nothing to Fear: The Selected Adresses of Franklin Delano Roosevelt, 1932-1945*, de B. D. Zevin (ed.), Londres, Hodder & Stoughton, 1947).

2

LA FASE POTENCIALMENTE FATAL DEL IMPERIALISMO

2.1

Una de las contradicciones y limitaciones más importantes del sistema se refiere a la relación entre la tendencia globalizante del capital transnacional en el dominio económico y la dominación continua de los Estados nacionales como estructura total de comando del orden establecido. En otras palabras, a pesar de todos los esfuerzos de las potencias dominantes para hacer que sus propios Estados nacionales triunfaran sobre otros, y de esta forma prevalecer como Estado del sistema del capital en sí, precipitando la humanidad, en el curso de esas tentativas, hacia las vicisitudes sangrientas de las dos horribles guerras mundiales del siglo XX, el Estado nacional continuó siendo el árbitro último de la toma de decisión socioeconómica y política total, así como el garante real de los riesgos asumidos por todos los emprendimientos económicos transnacionales. Es obvio que esta contradicción tiene una magnitud tal que no se puede admitir que dure indefinidamente, cualquiera sea la retórica mentirosa incansablemente repetida que finja resolver esa contradicción por medio del discurso sobre "democracia y desarrollo" y su corolario

tentador: "Piense globalmente, actúe localmente". Por eso es fundamental que la cuestión del imperialismo sea llevada al primer plano de la atención crítica.

Hace muchos años, Paul Baran caracterizó correctamente el cambio radical de las relaciones internacionales de poder en el mundo capitalista y la "incapacidad creciente de las viejas naciones imperialistas de resistir ante la búsqueda americana de mayor influencia y poder", insistiendo que la

> afirmación de la supremacía americana en el mundo "libre" implica la reducción de Gran Bretaña y Francia (para no hablar de Bélgica, Holanda y Portugal) al *status* de socios minoritarios del imperialismo americano.[16]

Él citó también las palabras amargamente precavidas del *The Economist* de Londres que afirmaba con servilismo característico que

> precisamos aprender que ya no somos iguales a los americanos, ni tenemos condiciones de serlo. Tenemos el derecho de declarar nuestros intereses nacionales mínimos y esperar que los americanos los respeten. Pero, una vez hecho esto, debemos seguir el liderazgo de ellos.[17]

Semejante afirmación de aceptación del liderazgo americano —aunque tal vez todavía no preparada para transferir a los Estados Unidos, de una forma o de otra, el Imperio Británico— fue expresada un cuarto de siglo antes por el *The Observer* de Londres, que anunció con entusiasmo, acerca del Presidente Roosevelt, que "América encontró un hombre. En él, el mundo debe encontrar un líder".[18]

Y aún así, el fin del Imperio Británico —así como de todos los otros— ya había sido profetizado en el primer discurso de

[16] Paul Baran, "The Political Economy of Growth", Nueva York, *Monthly Review Press*, 1957, p.vii.
[17] *The Economist*, 17 de noviembre de 1957.
[18] Comentario de *The Observer* sobre el Primer Discurso de Toma de Posesión de Roosevelt, pronunciado en Washington, D.C., el 4 de marzo de 1933, citado en la p. 13 de *Nothing to Fear: The Selected Adresses of Franklin Delano Roosevelt, 1932-1945, op. cit.*

toma de posesión de Roosevelt, que dejó absolutamente claro que, como Presidente de los Estados Unidos, "no he de economizar esfuerzos para *restaurar el comercio mundial por medio de reajustes económicos internacionales*".[19] Y, en el mismo espíritu, algunos años más tarde defendió el derecho de "comerciar en una atmósfera de *libertad de competencia desigual y de dominio por monopolios en el país y en el exterior*".[20] Así, el Imperio Británico ya estaba avisado desde el inicio de la Presidencia de Roosevelt, y la cuestión del colonialismo hizo la relación con Churchill mucho más infeliz para este, lo que fue revelado por Roosevelt al volver de la Conferencia de Yalta, con Churchill y Stalin. Con relación a la cuestión de la Indochina francesa, Roosevelt propuso como solución un protectorado de transición antes de la independencia, para

> educarlos para el autogobierno. Fueron necesarios cincuenta años para realizarlo en las Filipinas. A Stalin le gustó la idea. A China (Chiang Kai-Shek) le gustó la idea. A los ingleses no les gustó. Ella podría destruir su imperio, porque, si los indochinos se uniesen y consiguieran su propia independencia, los birmaneses podrían hacer lo mismo con Inglaterra.
> *Pregunta:* ¿Es esta la idea de Churchill con relación a todos los territorios de allá, los quiere de vuelta tal como eran?
> *Presidente:* Es cierto, él es medio victoriano cuando se trata de semejantes cuestiones.
> *Pregunta:* ¿Esta idea de Churchill parece incoherente con la idea de la autodeterminación?
> *Presidente:* Es cierto.
> *Pregunta:* ¿Usted recuerda el discurso pronunciado por el Primer Ministro en el cual dijo no ser Primer Ministro para ver la caída del Imperio?
> *Presidente:* Mi viejo amigo Winston nunca va a entender esa cuestión. Se especializó en ella. Evidentemente, esto no debe ser publicado.[21]

Naturalmente, en el "reajuste económico internacional" propuesto —una exigencia resultante de la gran crisis mundial de

[19] F.D.Rooselvelt, "Primer Discurso de Toma de Posesión", 4 de marzo de 1933.
[20] *Idem*, "Mensaje Anual al Congreso", Washington, D.C., 11 de enero de 1944.
[21] P. C. N.992, 23 de Febrero de 1945, citado en Thomas H. Greer, *What Roosevelt Thought: The Social and Political Ideas of Franklin D. Roosevelt*, Londres, Angus & Robertson, 1958, p. 169.

1929-1933 que se hace aún más necesaria para los Estados Unidos a partir de la instalación de otra recesión en este país poco antes de la eclosión de la Segunda Guerra Mundial—, todo el Imperio Británico estaba en juego. Pues Roosevelt creía que

> la India debería tener el *status* de *commonwealth* durante la guerra y el derecho a elegir la independencia completa en los cinco o diez años siguientes. La sugerencia más amarga para los británicos de la vieja guardia fue su propuesta presentada en Yalta de transformar Hong Kong (así como Dairen) en puerto internacional libre. Desde el punto de vista británico, su posición parecía ingenua y errada. Advertían que él no entendía los objetivos y resultados del imperialismo real. Más importante aún, advirtieron que la caída del Imperio debilitaría a Occidente en el mundo de la "política de poder". Serían abiertas peligrosas áreas de confusión y conflicto - un "vacío de poder" en el que agresores potenciales (los rojos) podrían penetrar.[22]

Con el surgimiento de un competidor imperialista incomparablemente más poderoso, los Estados Unidos, se selló el destino del Imperio Británico. Este hecho se hizo todavía más urgente, y engañosamente atractivo para las colonias, porque Roosevelt presentaba sus políticas de conquista de la supremacía internacional americana con la retórica de la libertad para todos, e incluso con el alegato de un "destino" universalmente aceptable. No dudó en declarar que

> una civilización mejor que la que hasta ahora hemos conocido está reservada para América y, a través de nuestro ejemplo, tal vez para el mundo. El destino aquí parece haberse detenido largamente.[23]

Poco después de ridiculizar los argumentos ideológicos transparentemente imperialistas de los británicos de la vieja guardia, los *slogans* de propaganda de estos fueron adoptados como suyos por los americanos para justificar las intervenciones militares en Indochina y en otros lugares con el fin de evitar la creación de un "vacío de poder" y de bloquear la posibilidad de un

[22] *Ibídem.*
[23] F. D. Roosevelt, "Discurso Conmemorativo de los Cincuenta Años de la Estatua de la Libertad", Nueva York, 28 de octubre de 1936.

"efecto dominó" (producido por los rojos). Este hecho solo podría sorprender a los que continuaron alimentando ilusiones con relación al "fin del imperialismo".

2.2

Para entender la seriedad de la situación actual, es preciso colocarla en perspectiva histórica. La penetración imperialista inicial en varias partes del planeta fue comparativamente muy diferente de la inconmensurablemente más extensiva —e intensiva— penetración de algunas de las principales potencias capitalistas en el resto del mundo a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX. El contraste fue enfatizado por Harry Magdoff:

> El mismo tipo de pensamiento que aborda el concepto de imperialismo económico, en el sentido estricto de una demostración de balance, también confina el término al control (directo o indirecto) de una potencia industrial sobre un país subdesarrollado. Tal limitación ignora la característica esencial del nuevo imperialismo que surge al final del siglo XIX: la lucha competitiva entre las naciones industriales para conquistar posiciones dominantes con relación al mercado mundial y a las fuentes de materias primas. La diferencia estructural que distingue el nuevo imperialismo del antiguo es la sustitución de una economía en la que muchas empresas compiten, por otra en la que un puñado de empresas gigantescas compiten en cada sector industrial. Además, durante este período, el avance de las tecnologías de transporte y comunicación y el desafío que las naciones industriales más jóvenes (como Alemania) lanzan a Inglaterra trajeron dos características adicionales a la escena imperialista: la intensificación de la lucha competitiva en la arena mundial y la maduración de un sistema capitalista verdaderamente internacional. Bajo tales circunstancias, la competencia entre grupos de empresas gigantescas y sus gobiernos ocurre en todo el planeta: en los mercados de las naciones avanzadas tanto como en los de naciones semi o no industrializadas.[24]

[24] Harry Magdoff, "The Age of Imperialism: The Economics of US Foreign Policy", Nueva York, *Monthly Review Press*, 1966, p.15.

Con el éxito de la imposición de la hegemonía americana en el mundo de la posguerra —que tuvo sus raíces en el primer mandato de Roosevelt, como vimos anteriormente— fuimos sometidos a una tercera fase de desarrollo del imperialismo, con las más graves implicaciones para el futuro. Pues hoy los peligros catastróficos que acompañarían una conflagración global, como las que ocurrieron en el pasado, son evidentes incluso para los defensores menos críticos del sistema. Al mismo tiempo, nadie en sana conciencia puede excluir la posibilidad de la erupción de un conflicto mortal, y con él la destrucción de la humanidad. Aún así, nada se hace para resolver las grandes contradicciones ocultas que apuntan hacia esa temida dirección. Por el contrario, el crecimiento continuo de la hegemonía económica y militar de la única superpotencia sobreviviente —los Estados Unidos de América— lanza una sombra cada vez más oscura sobre el futuro.

Llegamos a un nuevo estadío histórico en el desarrollo transnacional del capital: aquel en que ya no es posible evitar el enfrentamiento de la contradicción fundamental y la limitación estructural del sistema. O sea, el fracaso de constituir el Estado del sistema del capital en sí como complemento de sus aspiraciones y articulación transnacionales, de modo que se superen los antagonismos explosivos entre Estados nacionales que caracterizaron el sistema de forma constantemente agravada a lo largo de los dos últimos siglos.

Bajo este aspecto, la retórica capitalista, aun la mejor de ellas, como la que Roosevelt practicó en una situación de emergencia, no es una solución para la necesidad de enfrentar la falta estructural. La retórica de Roosevelt —nostálgicamente recordada todavía hoy por muchos intelectuales de izquierda de los Estados Unidos— tuvo éxito justamente por responder a una situación de emergencia.[25] A pesar de exagerar enormemente la validez universal de las acciones propuestas y de atenuar o simplemente transfigurar los elementos de construcción del imperio americano, había alguna unidad de intereses tanto en el tratamiento de los síntomas de la depresión económica mundial (aunque no de sus causas, generalmente reducidas a la mala moral, identificada con la mala economía y con las acciones de hombres ciegamente egoístas"),[26] como en la participación de los Estados Unidos en la derrota de la Alemania de Hitler. Hoy, por el contrario, en lugar del mejor discurso de los años del "New Deal", somos bombardeados con un discurso de la peor especie: un camuflaje cínico de la realidad que presenta los más insultantes intereses imperialistas de los Estados Unidos como la panacea de la *"democracia multipartidista"*, la defensa selectivamente tendenciosa de los *"derechos humanos"* (que acomoda, entre muchos otros, el genocidio turco contra los curdos, o el exterminio de medio millón de chinos en Indonesia en la época de la ascensión al poder de Suharto, y más tarde de centenas de millares de personas en Timor del Este por el mismo régimen cliente de los Estados Unidos), y la denunciada "dominación por monopolios en el país y en el exterior" como el *"mercado libre"*.

[25] Roosevelt no ocultaba que pretendía justificar sus actos en nombre de una emergencia de guerra. Él dijo: "Solicitaré al Congreso amplios poderes ejecutivos para una emergencia contra la guerra, tan amplios como los que serían concedidos si fuéramos de hecho invadidos por un enemigo extranjero". F. D. Roosevelt, "Primer Discurso de Toma de Posesión", *op. cit.*

Hoy, "la competencia entre grupos de empresas gigantescas y sus gobiernos" tiene un importante elemento limitante: el enorme poder de los Estados Unidos, que tiende peligrosamente a asumir el papel del Estado del sistema del capital en sí, sometiendo, por todos los medios a su alcance, a todas las potencias rivales. El hecho de ser imposible realizar ese otro objetivo sobre base duradera no inhibe las fuerzas que buscan implacablemente su realización. Y el problema no se limita a un equívoco subjetivo cualquiera. Como ocurre con toda contradicción importante de un sistema dado, las condiciones objetivas hacen necesario que se persiga hoy la estrategia de la dominación hegemónica por una superpotencia económica y militar, no importa a qué costo,

[26] F. D. Roosevelt, "Segundo Discurso de Toma de Posesión", Washington D.C., 20 de Enero de 1937. Roosevelt también afirmó, en el mismo espíritu, que pequeña parte del lucro generado era "dedicado a la reducción de los precios. El *consumidor era olvidado.* Una parte muy pequeña se destinaba al aumento de salarios; *el trabajador era olvidado,* y una proporción absolutamente insuficiente era pagada a título de dividendos *–el accionista era olvidado"* ("Discurso del New Deal de Roosevelt"). Nadie preguntó por qué eran olvidados. Lo que importaba es que ahora fueron *recordados* y, por tanto, todo podrá ser y será corregido. Lo que falta en ese discurso es el reconocimiento de *incompatibilidades* objetivas insuperables. Es lo que, en diversas ocasiones, torna irrealistamente retórico el discurso rooseveltiano.

para intentar superar la separación estructural entre el capital transnacional y los Estados nacionales. A pesar de esto, la propia naturaleza de la contradicción subyacente hace prever el necesario fracaso de esa estrategia a largo plazo. Hubo muchas tentativas de abordar la cuestión de las conflagraciones potenciales y de la forma de darles solución, desde el sueño kantiano de la Liga de las Naciones, que aseguraría la paz perpetua, hasta su institucionalización después de la Primera Guerra Mundial; desde los principios solemnemente declarados del Tratado del Atlántico hasta la operacionalización de las Naciones Unidas. Todas se mostraron penosamente inadecuadas a la tarea propuesta. Lo que no causa espanto, pues el fracaso en la instauración de un "Gobierno Mundial" sobre la base del modo establecido de reproducción del metabolismo social del capital resulta del hecho de que estamos ante los límites absolutos e insuperables del sistema del capital en sí. No es necesario decir, bajo este aspecto, que el fracaso del capital, o sea, del antagonista estructural del trabajo, está lejos de ser motivo de tranquilidad.

2.3

Evidentemente, la dominación imperialista no es novedad en la historia norteamericana, aunque haya sido justificada como los "cincuenta años de educación del pueblo filipino para autogobernarse", conforme a las palabras del presidente Roosevelt (para no hablar de mucho más de cincuenta años de "educación adicional" por medio de la acción de representantes de los Estados Unidos tales como el dictador Marcos y sus sucesores). Como enfatizó Daniel B. Schirmer en su penetrante y meticulosamente documentado libro sobre el breve movimiento antiimperialista en los Estados Unidos del cambio de siglo:

> La Guerra de Vietnam es apenas la última, más prolongada y más brutal, de una serie de intervenciones de los Estados Unidos en los negocios de otros pueblos. La invasión de Cuba, patrocinada por las autoridades de los Estados Unidos, fracasó en Bahía de Cochinos. Ya en otros casos, como en la República Dominicana, en Guatemala, en la Guyana Inglesa, en Irán y en el Congo, la intervención fue más eficaz. Y la lista todavía no está completa: otros pueblos coloniales (tanto como algunos europeos) han sentido los efectos de la agresiva intromisión norteamericana en sus políticas internas, a veces también bajo la forma de violencia directa. [...] Las políticas actuales de contrainsurgencia e intervención se originaron en acontecimientos ocurridos a inicios del siglo XX. Los Estados Unidos derrotaron a España en la guerra y tomaron sus colonias del Caribe y del Pacífico, arrebatando Puerto Rico sin rodeos, dando a Cuba una independencia nominal y anexando Filipinas después de silenciar, por la fuerza, una revolución nacionalista. Lo que distingue particularmente la política externa actual de la guerra de México y de la mayoría de las guerras contra los indios es el hecho de ser producto de otra era en la historia americana y de responder a presiones sociales absolutamente diferentes. La política externa de hoy está asociada a la ascensión de la gran empresa, industrial o financiera, como la fuerza económica dominante del país, ejerciendo poderosa influencia sobre el gobierno de los Estados Unidos. La guerra hispano-americana y la guerra para derrotar a Aguinaldo y los rebeldes filipinos fueron las primeras guerras conducidas como consecuencia de esa influencia, las primeras guerras de la América corporativa moderna.[27]

Cuando proclamó la estrategia del "reajuste económico internacional" en su "Primer Discurso de Toma de Posesión", el presidente Roosevelt indicaba la determinación de trabajar por la disolución de todos los imperios coloniales, y no solamente el británico. Como otros importantes acontecimientos históricos, este abordaje también tuvo un precedente varias décadas antes. De hecho, se ligaba íntimamente con la "Política de Puerta Abierta",

[27] Daniel P. Schirmer, *Republic or Empire: American Resistance to the Philippine War*. Rochester, Schenkman Books, s.d., pp. 1-3. Fiel al contexto histórico, el autor también deja clara la razón del fracaso del movimiento antimperialista del cambio del siglo: "En 1902, George S. Boutwell, presidente de la liga antiimperialista y antiguo socio de Lincoln, concluyó que el liderazgo de una lucha exitosa contra el imperialismo debería quedar en manos del movimiento laborista. Ante una platea de sindicalistas en Boston, afirmó: 'El esfuerzo final para la salvación de la república debe ser hecho por las clases productoras y trabajadoras'. Si fuera realmente el caso, estaba claro que el movimiento obrero norteamericano no estaba preparado para asumir esta responsabilidad, dominado como estaba por hombres como Gompers, que desarrollaban una política de conciliación con los trusts y de apoyo a sus políticas externas. Independientemente de lo que el futuro reservase para la creencia de Boutwell, ya en aquella época los antiimperialistas estaban perdiendo influencia; representaban una ideología sin base social estable y creciente" (*Ibídem*, p. 258).

proclamada al inicio del siglo. La "Puerta Abierta" que se exigía de otros países tenía como objetivo la penetración económica (en contraste con la ocupación colonial), manteniendo un silencio característico sobre la dominación política abrumadora que la acompañaba. Por tanto, no asombra que muchas personas considerasen esa política absolutamente hipócrita. Cuando, en 1899, en función de ella, los Estados Unidos desistieron de establecer un enclave colonial en China, acompañando otras potencias equivalentes, no lo hicieron por conciencia liberal o por generosidad democrática. La oportunidad fue rechazada porque —como la articulación por mucho la más dinámica del capital en la época— los Estados Unidos querían para sí a toda China, y esperaban, en su debido tiempo, lograr ese objetivo. Este propósito quedó absolutamente claro en el curso de los acontecimientos históricos subsiguientes, llegando hasta nuestros días.

A pesar de todo, conquistar el dominio mundial por medio de la "Política de Puerta Abierta" —dada la relación de fuerzas en la configuración global de las principales potencias imperialistas— sería aún muy prematuro en el cambio de siglo. Fue necesario que ocurriese la escalofriante matanza de la Primera Guerra Mundial, así como el surgimiento de la grave crisis económica mundial tras un corto período de reconstrucción, antes que se pudiese anunciar, con la debida cautela, la versión rooseveltiana de la estrategia. Además exigió la carnicería aún mayor de la Segunda Guerra Mundial asociada a la emergencia, durante aquella guerra, de los Estados Unidos como la mayor potencia económica, antes de hacerse necesario imponer, por la fuerza, la estrategia rooseveltiana en ese período. La única complicación importante que quedó —la existencia del Sistema Soviético (pues el otro problemático, China, solo se materializaría definitivamente en 1949)— era considerada estrictamente temporal. Este punto de vista fue confiadamente afirmado en las innumerables declaraciones del Secretario de Estado John Foster Dulles sobre la política de "contención del comunismo".

Así, a lo largo de los acontecimientos del siglo XX, llegamos al punto en que la existencia lado a lado —así como la coexistencia competitiva— de las potencias imperialistas ya no puede ser tolerada, a pesar de todo lo que se dice con relación al "mundo policéntrico". Como bien observó Baran, ya en 1957, "los

orgullosos dueños de imperios coloniales fueron reducidos a la condición de 'socios minoritarios' del imperialismo americano". Cuando se discutió el futuro de las posesiones imperiales, ya cerca del final de la Segunda Guerra, los intereses británicos fueron desconsiderados como nociones irremediablemente "victorianas" de "mi querido Winston". Al mismo tiempo, nadie consultó a De Gaulle,[28] para no mencionar a belgas, holandeses y portugueses, que ni siquiera fueron considerados. Toda conversación con relación al "mundo policéntrico", bajo el principio de algún tipo de igualdad entre Estados, pertenece al mundo de la pura fantasía, o de aquel cínico camuflaje ideológico. Es evidente que no hay nada de sorprendente en este hecho. Pues el "pluralismo" en el mundo del capital nada significa sino la *pluralidad de capitales* que no admite ninguna consideración de igualdad. Por el contrario, siempre se caracterizó por el más pérfido orden de jerarquías estructurales y relaciones de fuerza correspondientes, que siempre favorecen al más fuerte en su impulso de tragarse al más débil. Así, dada la inexorabilidad de la lógica del capital, era apenas una cuestión de tiempo hasta que el dinamismo del sistema llegase, también en el nivel de las relaciones entre Estados, al estadío en que una única potencia hegemónica sometiese a todas las menos poderosas; independientemente del tamaño, y afirmase su derecho exclusivo —en último análisis insustentable y extremadamente peligroso para el conjunto de la humanidad— de ser el Estado del sistema del capital por excelencia.

2.4

Extremadamente significativa, bajo este aspecto, es la actitud asumida en relación con la cuestión de los *intereses nacionales*. Por una parte, su legitimidad se afirma por la fuerza cuando las cuestiones en pauta afectan, directa o indirectamente, los supuestos intereses de los Estados Unidos, que no dudan en usar las formas

[28] La cuestión no se limitaba a la Indochina francesa. La actitud de Roosevelt fue igualmente contraria a la manutención de las posesiones francesas del Norte de África, principalmente Marruecos. Ver, a ese respecto, su carta a Cordell Hull, fechada el 24 de enero de 1944 (p. 168 del libro de T. H. Greer citado en la nota 6 de este capítulo).

más extremas de violencia militar, o la amenaza de tal violencia, para imponer al resto del mundo sus decisiones arbitrarias. Por otra, mientras tanto, los intereses nacionales legítimos de otros países son arrogantemente ignorados como "nacionalismo" intolerable o como "pandemonio étnico".[29] Al mismo tiempo las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales son tratadas como juguetes de los Estados Unidos, y desafiadas con el mayor cinismo cuando sus resoluciones no son del agrado de los guardianes de los intereses nacionales norteamericanos más o menos abiertamente declarados. Los ejemplos son incontables. Sobre algunos de los más recientes, Chomsky tejió ácidos comentarios:

> Las más altas autoridades explicaron con brutal claridad que el Tribunal Mundial, las Naciones Unidas y otras agencias se habían tornado irrelevantes, pues ya no seguían las órdenes de los Estados Unidos, como sucedía en los primeros años de la posguerra. [...] En el gobierno Clinton, el desprecio por el orden mundial se hizo extremo al punto de generar preocupaciones hasta entre los halcones del análisis político.[30]

Para ser aún más ofensivos, los Estados Unidos se niegan a pagar su enorme deuda de contribuciones atrasadas como miembro de las Naciones Unidas, imponiendo al mismo tiempo sus políticas a la organización, inclusive los cortes de recursos para la crónicamente carente Organización Mundial de la Salud. Ese escandaloso obstruccionismo fue señalado hasta por figuras del *establishment*, como Jeffrey Sachs, cuya devoción a la causa de la "economía de mercado" dominada por los Estados Unidos está fuera de duda. En artículo reciente, escribió:

> El rechazo de los Estados Unidos a pagar las contribuciones debidas a las Naciones Unidas es ciertamente el caso más significativo de falta de pago de obligaciones internacionales. [...] Los Estados Unidos redujeron sistemáticamente el presupuesto de agencias de las Naciones Unidas, inclusive las más vitales, como la Organización Mundial de la Salud.[31]

[29] Ver el conocido libro del Senador demócrata Daniel Moynihan, *Pandaemonium: Ethnicity in International Relations*, Nueva York, Oxford University Press, 1993.
[30] Noam Chomsky, "The Current Bombings", *Spectre*, # 7, verano de 1999, p. 18.
[31] Jeffrey Sachs, "Helping the World's Poorest", *The Economist*, 14 de agosto de 1999, pp. 16 y 22.

Es necesario mencionar aquí también los esfuerzos —tanto ideológicos como organizacionales— invertidos para contornear la estructura nacional de toma de decisiones. El *slogan* superficialmente tentador "piense globalmente, actúe localmente" es un ejemplo interesante. Pues es obvio que las personas en general, que están privadas de todo poder significativo de decisión en una escala más amplia (que no es el ritual electoral, que es una especie de abdicación), tal vez consideren viable intervenir de alguna forma en un nivel estrictamente local. De más a más, no es posible negar la importancia potencial de la acción local adecuada. Sin embargo, lo "global" a que se espera que prestemos atención acrítica —suscribiendo obedientemente las tesis relativas a la "impotencia de los gobiernos nacionales" y a la "inevitabilidad de la globalización multinacional", que describe errada y tendenciosamente las empresas *nacionales-transnacionales* (dominadas en gran parte por los Estados Unidos) como "multinacionales" y por tanto universalmente aceptables— se vuelve totalmente vacío sin las complejas relaciones con las comunidades nacionales. Además, una vez que se divorcia lo "global" de su inserción en los múltiples ambientes nacionales, desviando la atención de las relaciones contradictorias que entrelazan los Estados, también lo "local", dentro de lo cual se espera actuar, se vuelve absolutamente miope y en un último análisis sin significado.[32] Si la "democracia" quedara confinada de esta forma a esas "acciones locales", resumidas, sería entonces el caso de que "la toma de decisiones y la acción globales", que inevitablemente afectan la vida de todos los individuos, sean autoritariamente ejercidas por las fuerzas económicas y políticas dominantes —naturalmente de los Estados Unidos— de acuerdo con la posición ocupada por ellas en

[32] De forma característica *The Economist*, en su editorial sobre la pobreza en el "mundo subdesarrollado", enfatiza las cuestiones municipales ("abastecimiento confiable de agua" -a ser obtenido de "vendedores de agua", y no por medio de la instalaciones de costosas redes de distribución hasta las casas"- "drenaje seguro", y la "recogida regular de basura"), concluyendo que "las principales respuestas están en el aumento de la eficiencia y responsabilidad de los *gobiernos locales*". ("Helping the Poorest", *The Economist*, 14 de agosto de 1999, p. 11.) Lo cierto es que los gobiernos locales de los países en cuestión son irremediablemente limitados por los parcos recursos ofrecidos por los gobiernos nacionales, que a su vez están inevitablemente presos a las estructuras jerárquicas autoperpetuadoras del sistema global del capital.

la jerarquía global del capital. Los recursos invertidos por el Banco Mundial y por otras organizaciones dominadas por los Estados Unidos en la tentativa de mejorar lo "local" a costa de lo nacional, de reglamentar el apoyo de las élites académicas y otras élites intelectuales por medio de conferencias y proyectos de investigación bien patrocinados (especialmente, mas no exclusivamente en el Tercer Mundo), indican el propósito de crear un "Gobierno Mundial" que contornee de modo efectivo los procesos de decisión potencialmente problemáticos del nivel intermediario nacional, con su inevitable recalcitrancia, y el de legitimar la escandalosamente autoritaria dominación de la vida social por un "Gobierno Mundial" implacablemente impuesto desde arriba en nombre de una "democracia" ficticia, sinónimo de la pretendida "acción local" de los "recogedores regulares de basura".

2.5

Las manifestaciones del imperialismo económico de los Estados Unidos son demasiado numerosas para que sean mencionadas aquí, y muchas de ellas son suficientemente bien conocidas, haciendo innecesarios otros comentarios. Ya he discutido algunas de las cuestiones más destacadas, inclusive aquellas contra las cuales hasta los políticos conservadores fueron obligados a protestar, tales como

> las regulaciones sobre transferencia de tecnología, las leyes proteccionistas norteamericanas, los controles extraterritoriales coordinados por el Pentágono y protegidos por el Congreso[33] [...] canalizados para las mayores y más ricas empresas del mundo [...] son irresistibles y, si no fueran contenidos, abrirán camino en un sector tras otro de las tecnologías avanzadas mundiales...[34]

Discutí también en el mismo artículo "la ventaja industrial del secreto militar", "presiones como las directamente impuestas por el Legislativo y Ejecutivo de los Estados Unidos" y "el

[33]Declaración de renuncia ministerial de Michael Heseltine, del 9 de enero de 1986, citada en István Mészáros, "La crisis actual", vuelto a publicar en la Parte IV de *Para além do capital*, Sao Paulo, Boitempo, 2002, p. 1 079.

[34]*Ibídem*, p. 1 079.

verdadero problema de la deuda"[35] en el mundo. O sea, la deuda astronómica de los Estados Unidos, impuesta al mundo por aquella potencia imperialista dominante, mientras el mundo fuera capaz de continuar pagándola.

En lo que se refiere al "imperialismo del dólar", las protestas son oídas, pero de nada valen. El imperialismo económico del país continuará seguro mientras los Estados Unidos mantengan su dominante posición opresora, no solamente por medio del dólar, como la moneda mundial privilegiada, sino también por el dominio de todos los órganos de intercambio económico, desde el FMI hasta el Banco Mundial, desde el GATT hasta su sucesora, la Organización Mundial de Comercio. Hoy, en Francia, millones de personas protestan contra el "imperialismo económico norteamericano" por causa de las tarifas punitivas recientemente impuestas por los Estados Unidos bajo el juicio pretendidamente independiente de la OMC. El mismo tipo de medida fue impuesta diversas veces, en el pasado, a Japón con la mayor falta de ceremonia, terminando por la sumisión renegada o voluntaria de las autoridades japonesas a los dictados norteamericanos. Si en la última ronda de tarifas punitivas impuestas a Europa, Gran Bretaña fue tratada con un poco más de indulgencia, fue apenas una recompensa por el servilismo absoluto con que el actual gobierno del "Nuevo Laborismo" atiende todas las órdenes que llegan de Washington. Pero, aún así, las escaramuzas de una guerra comercial internacional que vimos ya en el pasado, y que aún hoy observamos, revelan una seria tendencia con potenciales consecuencias de largo alcance para el futuro.

De la misma forma, no se puede admitir que la intervención prepotente de agencias gubernamentales de los Estados Unidos en el campo de la alta tecnología, tanto militar como civil, continúe indefinidamente. En un área crucial —tecnología de computadores, tanto *hardware* como *software*—, la situación es extremadamente grave. Para mencionar solo un caso, la Microsoft disfruta de una posición de casi absoluto monopolio mundial, por medio del cual sus programas generan consecuencias pesadas también para la adquisición del equipamiento más adecuado. Más allá de esa cuestión, se descubrió hace poco un código secreto insertado

[35]*Ibídem*, pp. 954-958.

en los programas de la Microsoft, que permite a los servicios militares y de inteligencia de los Estados Unidos espiar cualquier persona en el mundo que sea usuaria de "Windows" y de Internet.

También en otra área de vital interés, la producción de alimentos genéticamente modificados por gigantes transnacionales americanos, como la Monsanto, el gobierno de los Estados Unidos está haciendo lo posible para imponer al resto del mundo productos cuya adopción garantizaría —al forzar eternamente a los agricultores de todo el mundo a comprar semillas no renovables de la Monsanto— el dominio absoluto de los Estados Unidos en el campo de la agricultura. Las tentativas de empresas norteamericanas de patentar genes apuntan a un objetivo similar.

Por otro lado, los conflictos en torno a "los derechos de propiedad intelectual",[36] que los Estados Unidos intentan imponer al resto del mundo a través de la OMC —procurando, entre otras cosas (inclusive vastos intereses económicos), garantizar la dominación permanente del cine y de la televisión mundiales por productos de tercera y hasta décima categoría con los que Hollywood nos invade—, muestran otra cuestión de gran importancia, generando gritos contra el "imperialismo cultural norteamericano". Al mismo tiempo, el "imperialismo del negocio cultural" americano, fenomenalmente bien financiado, bajo la forma de la penetración de un ejército americano de "consultores de administración" por todo el mundo, es parte del mismo cuadro.

Pero tal vez la más seria de las actuales tendencias de dominación económica y cultural sea la forma voraz y terriblemente perdularia con que los Estados Unidos toman para sí los recursos de energía y de materias primas del mundo: *25% de estos para no más del 4% de la población del mundo*, con daño inmenso y creciente para las condiciones ambientales de supervivencia humana. Pues, en ese mismo espíritu, los Estados Unidos continúan el proceso de sabotaje activo de todos los esfuerzos internacionales que pretenden introducir alguna forma de control para limitar y, tal vez en el año 2012, reducir en cierto grado la actual tendencia catastrófica de daño ambiental, que ya no puede ser negada ni siquiera por los más empedernidos apologetas del sistema.

2.6

La dimensión militar de todo esto es grave. Por tanto, no es exagerado afirmar —teniendo en cuenta también el antes inimaginable poder destructivo de los armamentos acumulados a lo largo de la segunda mitad del siglo XX— que entramos en la *fase más peligrosa del imperialismo en toda la historia*; pues lo que está en juego hoy no es el control de una región particular del planeta, no importando su tamaño, ni la condición más o menos favorable, por continuar tolerando las acciones independientes de algunos adversarios, sino el control de su *totalidad* por una superpotencia económica y militar hegemónica, con todos los medios —incluyendo los más extremadamente autoritarios y violentos medios militares— a su disposición. Es esa la racionalidad última exigida por el capital globalmente desarrollado, en la tentativa vana de asumir el control de sus antagonismos irreconciliables. La cuestión es que tal racionalidad —que se puede escribir sin comillas, pues corresponde genuinamente a la lógica del capital en el actual estadio histórico de desarrollo global— es al mismo

[36] Las buenas intenciones de Jeffrey Sachs quedan claras cuando escribe que "el régimen global sobre los derechos de propiedad intelectual exige un nuevo abordaje. Los Estados Unidos prevalecieron sobre el mundo para endurecer códigos de patente y reducir la piratería intelectual. Pero ahora las empresas transnacionales y las instituciones de los países ricos están patentando todo, desde el genoma humano hasta la biodiversidad de la selva ecuatorial. Los pobres serán despojados, a menos que se introduzca en ese proceso desgobernado un poco de sentido común y equidad" (J. Sachs, *op. cit.*, p. 22). Sin embargo, asume un irrealismo sin remedio cuando describe las determinaciones por detrás de las políticas criticadas como *"increíblemente mal orientadas"* (*Ibídem*, p. 16). No hay nada de mal orientado en esas políticas, mucho menos de "increíblemente mal orientadas", lo que sugiere que puedan ser corregidas con una buena dosis de claridad racional (como Roosevelt, al "acordarse" de lo que había sido "olvidado"). Por el contrario, son representaciones de decisiones deliberadas, calculadas e implacablemente impuestas, que emanan de las jerarquías estructuralmente protegidas y de los imperativos objetivos del capital. Una vez más, el nudo de la cuestión no es la falta de una idea racional —que ahora es alegremente ofrecida—, sino la realidad de *incompatibilidades* aplastantes: en el caso de Sachs, la que existe entre "sentido común y equidad". Pues lo que recomienda el sentido común, la exclusión radical de todas las consideraciones sobre equidad lo niega en términos absolutos. Es por esto que el artículo de Jeffrey Sachs —dada la actitud reverente del autor ante la "sociedad de mercado" (que ni puede ser llamada por su propio nombre)— termina en una "solución de mercado" totalmente ficticia.

tiempo la forma más extrema de irracionalidad en la historia, incluyendo la concepción nazista de dominación del mundo, en lo que se refiere a las condiciones necesarias para la supervivencia de la humanidad.

Cuando Jonas Salk se rehusó a patentar su descubrimiento de la vacuna contra la poliomielitis, diciendo que sería lo mismo que pretender "patentar el sol", no imaginaba que llegaría el momento en que el capital se vería forzado a intentar justamente eso, patentar no solamente el sol, sino también el aire, aunque eso implicase el abandono de toda preocupación por los peligros mortales que esas ambiciones traen para la supervivencia humana. Pues la lógica última del capital en su proceso de toma de decisión solo puede pertenecer a una variedad *categóricamente autoritaria*, de arriba hacia abajo, desde el microcosmos de las pequeñas empresas económicas hasta los niveles más altos de toma de decisión política o militar. Pero ¿cómo se pueden imponer patentes sobre el sol y el aire?

Al respecto, hay dos aspectos prohibitivos, aunque el capital —en su afán de demoler sus propios límites insuperables— sea obligado a negarles reconocimiento. El primero, es el hecho de que la *pluralidad de capitales* no pueda ser eliminada, por más inexorable y brutal que sea la tendencia monopolista de desarrollo manifestada por el sistema. Y, segundo, el hecho de que la correspondiente *pluralidad del trabajo social* no pueda ser eliminada, de modo que se transforme la fuerza total de trabajo de la humanidad, con todas sus variedades y divisiones nacionales y seccionales, en un "siervo obediente" y sin inteligencia del sector hegemónicamente dominante del capital. Pues el trabajo, en su insuperable pluralidad, nunca será capaz de abdicar de su derecho de acceso al aire y al sol; y mucho menos sobrevivir, sin sol y aire, para el propio beneficio del capital —una necesidad absoluta de ese modo de control metabólico de la reproducción social.

Los que sustentan que hoy el imperialismo no implica la ocupación militar de territorio no solo subestiman los peligros que nos esperan, sino también aceptan las apariencias más superficiales y engañosas como las características sustantivas definitorias del imperialismo de nuestro tiempo, ignorando tanto la historia como las tendencias contemporáneas de desarrollo. Con sus bases militares, los Estados Unidos ocupan militarmente el territorio de nada

menos que *69 países*: un número que continua creciendo con la ampliación de la OTAN. Estas bases no existen para beneficio de las personas —la grotesca justificación ideológica—, sino para beneficio único del poder de ocupación, de tal forma que les dé condiciones de imponer políticas que respalden mejor sus intereses.

De cualquier forma, en lo que se refiere a la ocupación militar directa de territorios coloniales en el pasado, su extensión es apenas parcial. De otra forma, ¿cómo la exigua población de Inglaterra habría sido capaz de dominar la población y el territorio incomparablemente mayor de su inmenso imperio, principalmente la India? Tamaña desproporción no fue una característica exclusiva del Imperio Británico. Como bien nos recuerda Renato Constantino con relación a las Filipinas:

> Desde el inicio, la colonización española operó más por la religión que por la fuerza, afectando así profundamente la conciencia. Esto permitió a las autoridades imponer tributos, trabajos forzados y reclutamientos a pesar de la pequeña fuerza militar. Sin el trabajo de los sacerdotes, esto habría sido imposible. Ellos se convirtieron en los pilares del establecimiento colonial; tanto que se hizo conocida la afirmación de que "en cada fraile en las Filipinas el rey tenía un capitán general y todo un ejército". La manipulación de las conciencias en el interés del control colonial vendría a repetirse en otro plano por los norteamericanos, que, después de una década de feroz represión operada igualmente sobre la conciencia, esta vez usaron la educación y otras instituciones culturales.[37]

China, otro ejemplo de importancia vital, nunca fue ocupada militarmente, a no ser en pequeñas partes de su territorio. Ni siquiera cuando los japoneses la invadieron con grandes fuerzas militares. A pesar de eso, durante mucho tiempo, el país fue completamente dominado por potencias extranjeras. Tanto que el joven Mao comentó sarcásticamente que "el pedo del extranjero debe ser saludado como un perfume celestial". Lo que importaba en todas las aventuras imperialistas era siempre la habilidad de imponer *leyes* al país dominado en una base continua, por el uso

[37] Renato Constantino, *Identity and Consciousness: The Philippine Experience*. Quezon City, Malaya Books, 1974, p. 6. Los norteamericanos solo abandonaron el control del sistema educacional filipino en 1935, cuando ya ejercían un control indirecto muy eficaz.

de intervenciones militares punitivas solamente cuando el gobierno "normal" fuera desafiado. La famosa expresión "diplomacia de las cañoneras" encapsuló bien lo que era viable y practicable con los recursos militares disponibles.

Las principales características de esa dominación imperialista todavía continúan existiendo hoy. La multiplicación del poder destructivo del arsenal militar en uso actualmente —especialmente el potencial catastrófico de las armas aéreas— modificó en cierto grado las formas de imponer órdenes militaristas a un país que se quiere subyugar, pero no su esencia. Con toda probabilidad, la forma última de amenazar a un adversario en el futuro —la nueva "diplomacia de las cañoneras" ejercida por el "aire patentado"— será el *chantaje nuclear*. Pero su objetivo será análogo al del pasado, aunque la modalidad imaginada apenas acentúe la inviabilidad absurda de intentar imponer de esa forma la racionalidad última del capital a las partes recalcitrantes del mundo. Hoy es también inconcebible la tentativa de ocupar China en su totalidad, con su 1.250 billones de personas, y mantener la ocupación así sea por la mayor fuerza militar externa de ocupación económicamente sustentable. No es que el carácter concebible de tal ocupación sea capaz de desalentar los aventureros imperialistas más extremados, incapaces de aceptar cualquier alternativa a su dominación mundial; pero mientras tanto los "más sobrios" —que no son los menos peligrosos— imaginan movimientos estratégicos con el objetivo de quebrar China con la ayuda ideológica del "mercado libre" en fragmentos controlables desde el centro hegemónico del capitalismo mundial.

Es evidente que las fuerzas militares tienen que ser económicamente sustentadas, lo que las confina a empresas limitadas tanto en el porte de las máquinas militares empleadas como en el período de operaciones. El registro histórico de las aventuras imperialistas pasadas muestra que, cuando se vuelven muy extensivas —como fue el caso de Francia, primero sobre Indochina, después sobre Argelia, y más tarde de los Estados Unidos sobre Vietnam—, es inevitable enfrentar el fracaso, aunque a veces sea demorada su conclusión. Con relación a las incontables operaciones militares imperialistas del pasado, es preciso recordar no solo las que ocurrieron en Filipinas o en la fracasada guerra a gran escala de intervención en Vietnam,[38] sino también las de Guatemala, de República Dominicana, de la Guyana Inglesa, de Granada, de Panamá y del Congo, así como otras operaciones militares en otros países, desde el Oriente Medio y los Balcanes hasta varias partes de África. Una de las formas favoritas de hacer prevalecer los intereses imperialistas de los Estados Unidos fue siempre la de deponer gobiernos desagradables, imponer dictadores totalmente dependientes del nuevo señor y gobernar los países en cuestión por medio de esos dictadores bien controlados. Estamos hablando aquí de Marcos y Pinochet, Suharto y los generales brasileños, Somoza y los generales títeres de los Estados Unidos, sin olvidar los coroneles griegos (a quienes Lyndon Johnson llamó "hijos de puta")[39] y Mobutu (llamado, en extraña forma de elogio, como "nuestro hijo de puta"[40] por un alto funcionario del Departamento de Estado). Es bastante evidente el desprecio con el que miembros del gobierno de los Estados Unidos trataban a sus siervos en los países bajo su dominación militar, mientras cínicamente los presentaban, para consumo público, como defensores del "Mundo Libre".

2.7

El inicio de la crisis estructural del capital ocurrida en la década de 1970 produjo cambios importantes en la postura del imperialismo. Fue lo necesario para adoptar una actitud cada vez más agresiva

---

[38] Con relación a la desastrosa intervención de los Estados Unidos en Vietnam, ver el libro fundamental de Gabriel Kolko, *Vietnam: Anatomy of a War, 1940-1975*, Londres, Allen & Unwin, 1986.

[39] Andreas Papandreou me contó en 1973 cómo fue liberado de la prisión de los coroneles. Un antiguo miembro del "tanque de cerebros" de Kennedy, John Kenneth Galbraith, en loable actitud, visitó al presidente Johnson y le pidió que intercediese en favor del viejo amigo de Harvard. Johnson llamó a una secretaria y la mandó a llamar a la Embajada norteamericana en Atenas. Hecho esto, Johnson dijo al embajador: "Mande a esos hijos de puta a que suelten a ese buen hombre, Papandreou, inmediatamente" —lo que fue hecho. Pues ellos sabían muy bien quienes mandaban de verdad en Grecia.

[40] *The Economist* informó pocas semanas antes de la caída del régimen de Mobutu. La sentencia completa dictada por *The Economist* fue: "Sabemos que es un hijo de puta, pero es *nuestro* hijo de puta". Esta descripción de un aliado oportuno es del tiempo de Roosevelt, aunque haya controversia de si fue el propio Roosevelt o Cordell Hull quien usó la expresión de Somoza.

y aventurera, a pesar de la retórica de la conciliación, y más tarde el absurdo propagandístico de un "nuevo orden mundial", con su promesa siempre postergada de un "dividendo de paz". Al contrario de algunas afirmaciones, sería errado atribuir estos cambios a la implosión del sistema soviético, aunque sea verdad que la Guerra Fría y la presumida amenaza soviética haya sido usada con mucho éxito en el pasado para justificar la expansión descontrolada de lo que el general Eisenhower, al final de su mandato, llamó "complejo militar-industrial". Los desafíos que justificaban la adopción de una actitud más agresiva —y en último análisis aventurera— ya existían mucho antes del colapso del sistema soviético. En 1983, o sea, ocho antes de la implosión soviética, escribí los desafíos como sigue:

- el fin del régimen colonial en Mozambique y Angola;
- la derrota del racismo blanco y la transferencia del poder para Zanu en Zimbabwe;
- el colapso del régimen cliente de los Estados Unidos administrado por los coroneles en Grecia y la subsiguiente victoria del Pasok de Papandreou;
- la desintegración del eterno gobierno de Somoza, mantenido por los Estados Unidos en Nicaragua, y la impresionante victoria del Frente Sandinista;
- las luchas armadas de liberación en El Salvador y en otros puntos de América Central y el fin del control hasta entonces fácil de la región por el imperialismo norteamericano;
- la total bancarrota —literal y no apenas en sentido figurado— de las estrategias de desarrollo inspiradas y dominadas por la "metrópolis" por todo el mundo, y la erupción de pesadas contradicciones en las tres principales potencias industriales de América Latina: Argentina, Brasil y México;
- la desintegración dramática y total del régimen del Sha en Irán, y con ella una importante derrota de las estrategias norteamericanas, hace mucho establecidas, generando, a partir de entonces, *estrategias sustitutivas, desesperadamente peligrosas* — a ser implementadas *directamente o por terceros.*[41]

[41] István Mészáros, "Radical Politics and Transition to Socialism: Reflection on Marx's Centenary", publicado por primera vez en el periódico brasileño

Lo que cambió después del colapso del sistema soviético fue la necesidad de encontrar justificaciones para la postura crecientemente agresiva del imperialismo de los Estados Unidos en diferentes partes del mundo, especialmente después de los fracasos asociados a las tentativas de revitalizar el capital occidental por medio de la restauración económicamente sustentable del capitalismo —en contraste con los sucesos relativos pero todavía inestables de la manipulación de la máquina política del Estado por medio de la ayuda occidental— en la antigua Unión Soviética. Las "estrategias sustitutas desesperadamente peligrosas implementadas directamente o por terceros" se volvieron prominentes en los años que precedieron y siguieron a la implosión soviética. Pero el advenimiento de esas peligrosas estrategias aventureras no puede ser atribuido, como piensan algunos, al fatídico debilitamiento del adversario de la Guerra Fría. Por el contrario, el colapso soviético solo puede ser entendido como parte integrante de la crisis estructural del sistema del capital.

El Shá, como agente norteamericano —y como la garantía de que no habría otro Mossadegh—, atendió a sus objetivos por el control implacable de su pueblo y por la compra contundente de armas a Occidente, que hicieron posible dicho control. Una vez desaparecido, era necesario encontrar otro agente para destruir el antagonista que hablaba del "Satán americano". Armado hasta los dientes por los Estados Unidos y otros países occidentales, el Irak de Sadam Hussein parecía ser el indicado. Pero Irak fracasó en su tentativa de derrotar Irán y se tornó dispensable como elemento de inestabilidad en una de las regiones más inestables del mundo, de acuerdo con la definición de la estrategia imperialista americana. Además, Sadam Hussein, como ex-agente de los Estados Unidos, podría servir mejor a un objetivo mayor: ser promovido a la condición de enemigo mítico todopoderoso que representa no solo el mismo peligro atribuido a la Unión Soviética, en los años de la Guerra Fría, sino, mucho más que eso; aquel que amenaza con la guerra química y biológica —además del holocausto mundial— a todo el mundo occidental. Dado ese enemigo mítico,

Escrita Ensayo, año V, no. 11-12, verano de 1983, pp. 105-124. Una versión más corta fue presentada como conferencia en Atenas, en abril de 1983. El artículo fue publicado nuevamente en la Parte IV de *Más allá del capital, op. cit.*

esperábamos ver la justificación no solo de la Guerra del Golfo, sino de las varias intervenciones importantes en Irak desde entonces, como la matanza de un millón de niños en virtud de sanciones impuestas al país por orden de los Estados Unidos, vergonzosamente aceptadas por nuestras "grandes democracias", que continúan ufanándose de sus "políticas externas éticas".

Pero todo eso no basta para arañar la superficie de la inestabilidad crónica inclusive en la región del Medio Oriente, sin hablar del resto del mundo. Aquellos que piensan que el imperialismo actual no exige ocupación territorial deben reflexionar mejor. Ya existen, en partes de los Balcanes, ocupaciones militares que se mantienen por períodos indefinidos de tiempo (que también se admite que sea un "compromiso indefinido"), y ¿quién es capaz de jurar que otras intervenciones similares no vengan a ocurrir en otras partes del mundo? Las tendencias actuales son nefastas y la profundización de la crisis es un agravante todavía mayor.

Ya vimos en el pasado dos desarrollos extremadamente peligrosos de la ideología y de la estructura organizacional del imperialismo americano. El primero está relacionado a la OTAN. No solo por su significativa expansión para el Este —que puede ser considerada amenazadora por las autoridades de Rusia, si no hoy, tal vez en el futuro—, sino, todavía más importante, porque las metas y los objetivos de la organización fueron radicalmente re-definidos, en contradicción con el derecho internacional, transformando lo que antes decía ser una asociación militar *puramente defensiva* en una alianza potencialmente más ofensiva, capaz de hacer lo que quiera sin rendir cuenta a ninguna autoridad legal —o mejor, es capaz de hacer lo que Estados Unidos quisiera y mandara a hacer. En una reunión de la cúpula (abril de 1999) de la OTAN, la Organización del Tratado del Atlántico Norte, en Washington, bajo presión norteamericana, "adoptó un nuevo concepto estratégico, según el cual ellos pueden realizar intervenciones militares hasta fuera del área de la OTAN, sin preocuparse por la soberanía de otros países y desconsiderando completamente las Naciones Unidas".[42] Bajo este aspecto, es también

[42]Shoji Niijara, "Struggle Against US Military Bases", *Dateline Tokyo*, no. 73, julio de 1999, p. 2.

muy significativo el hecho de que la justificación ideológica de la nueva postura, claramente ofensiva —ofrecida bajo la forma de veinticuatro *"factores de riesgo"*—, sea transparentemente débil. Se admite inclusive que, "de los veinticuatro factores de riesgo, solo se puede considerar que apenas cinco representan peligro militar real".[43]

El segundo desarrollo reciente, que es extremadamente peligroso —casi completamente ignorado en Occidente, infelizmente hasta por la izquierda—,[44] se refiere al nuevo Tratado de Seguridad Mutua entre Japón y Estados Unidos, que fue rápidamente aprobado por las cámaras legislativas de Japón (la Dieta y la Suprema Cámara de los Consejeros). Bajo ese aspecto, los nuevos desarrollos desafían cínicamente el derecho internacional y también violan la Constitución japonesa. Un importante líder político japonés, Tetsuzo Fuwa, comentó:

> La naturaza peligrosa del Tratado de Seguridad Japón-Estados Unidos podrá incluso arrastrar a Japón hacia las guerras de los Estados Unidos, desafiando la Constitución japonesa, que renuncia a la guerra. Detrás de esto está la extremadamente peligrosa *estrategia de ataque preventivo*, según el cual Estados Unidos puede interferir en otro país y atacar arbitrariamente cualquier país que se les antoje.[45]

No es necesario decirlo, la posición que se pretende atribuir a Japón en la "estrategia de ataque preventivo", cuyas órdenes emanan de Washington, es el papel de "carne de cañón", contribuyendo generosamente al mismo tiempo a cubrir los costos de

[43]Joszef Ambrus, "A polgári védelem feladatai" (Las tareas de la defensa civil), en una edición especial de *Ezredfordúló*, dedicada a los problemas generados por la entrada de Hungría en la OTAN, *Strategic Enquiries of the Hungarian Academy of Sciences*, 1999, p. 32.

[44]Para una notable excepción, ver la carta de John Manning a *Spectre*, nro.6, primavera de 1999, pp. 37-38. Sobre cuestión afín, ver *US Military Bases in Japan: A Japan US Dialogue*, Relatorio del Simposio de Boston, 25 de abril de 1998, Cambridge, Massachusetts.

[45]Tetsuzo Fuwa, "Discurso ante la comisión de Paz en su 50 Aniversario", Japan Press Weekly, 3 de julio de 1999, p. 15. Al comparar al primer ministro Obuchi con la figura principal de la oposición, *The Economist* escribió: "Hasta ahora los acontecimientos tendieron a mostrar al señor Obuchi como un aficionado incompetente, especialmente cuando enfrenta profesionales consumados como Tetsuzo Fuwa". En "A Pity about Uncle Obuchi", *The Economist*, 20 de noviembre de 1999, pp. 97-98.

las operaciones militares,[46] como el país ya fue forzado a hacer en el caso de la Guerra del Golfo.

Uno de los aspectos más siniestros de estos acontecimientos salieron recientemente a la luz a raíz de la renuncia forzada del viceministro de la Defensa de Japón, Shingo Nishimura, por precipitarse e insistir agresivamente en que Japón debería armarse nuclearmente. Y él fue todavía más lejos al proyectar, en una entrevista, el uso de fuerza militar con referencia al litigio de las islas Senkaku. Según él, "en caso de que la diplomacia se muestre incapaz de resolver la cuestión, la Agencia de Defensa debe actuar". Como bien observó el editorial del periódico *Akahata*:

> El verdadero problema en este caso es el hecho de que un político, que abiertamente propone para Japón el uso de la fuerza militar como medio de resolver cuestiones internacionales, tenga lugar en el gobierno. Es natural que otras naciones asiáticas hayan expresado graves preocupaciones con relación a esa cuestión. Lo que es peor, según un acuerdo secreto con el gobierno de los Estados Unidos, los gobiernos del Partido Liberal Democrático desvirtuaron los tres principios antinucleares (no poseer, ni fabricar, ni permitir la entrada de armas nucleares a Japón). Además, la reciente "legislación de emergencia" pretende dar prioridad a las operaciones militares de las fuerzas de los Estados Unidos y de la FAD (Fuerza de Autodefensa) en el caso de una guerra por la movilización en favor de la cooperación militar, confiscando productos locales en tierra, edificios, y asumiendo el control de navíos, aviones y ondas eléctricas. Tal legislación solapa la Constitución.[47]

La nueva postura agresiva del "Tratado de Seguridad Japón-Estados Unidos" es justificada en nombre de las necesidades de defensa de Japón. En realidad, mientras tanto, la "Defensa Común" alegada en el Relatorio de Legitimación (citado en la nota 31) nada tiene que ver con la "defensa de Japón" contra un agresor

[46] Es lo que ya está sucediendo, en la medida en que Japón es forzado a pagar el pesado costo de la ocupación militar americana representado por las innumerables bases en el país. "Los costos asumidos por Japón en 1997 para mantener las bases americanas en Japón llegaron a US$ 4,9 billones, primer lugar entre otras naciones del mundo (conforme "Allied Contribution to Common Defence, Relatorio de 1999"), lo que representa un costo de US$ 122.500 por soldado norteamericano en Japón. (Shoji Niijara, *op. cit.*, p. 3.)

[47] *Akahata*, 1 de noviembre de 1999; citado en el *Japan Press Weekly*, 6 de noviembre de 1999, pp. 6-7.

ficticio, sino con la protección y el progreso de los intereses imperialistas de los Estados Unidos.

> Estados Unidos usa sus bases en Japón, inclusive las de Okinawa, para realizar intervenciones militares en situaciones políticamente inestables en los países del Sudeste de Asia, inclusive en Indonesia. En mayo del año pasado, cuando cayó el régimen de Suharto, unidades de las Fuerzas Especiales del Ejército de los Estados Unidos retornaron rápidamente a la Estación Americana de Torii en la aldea de Yomitan, Okinawa, pasando por la Base de Kadena, en Okinawa. Ellos habían entrenado a las fuerzas especiales del ejército indonesio que reprimían manifestaciones en el país. El retorno repentino de las fuerzas especiales de los Estados Unidos denunció la actividad secreta de las unidades de los boinas-verdes de Okinawa en Indonesia.[48]

La forma por la cual se imponen estas peligrosas políticas y prácticas a los países, cuyos gobiernos "democráticos" se someten mansamente a las órdenes de los Estados Unidos, habla por sí sola. Los cambios en general no son discutidos en los respectivos parlamentos, que son contornados por medio de protocolos y tratados secretos. Y, en el mismo espíritu de cínica evasión, cuando, por cualquier razón, ellos aparecen en la agenda parlamentaria, transitan como un tractor, despreciando toda oposición de la manera más autoritaria. Los políticos que continúan esparciendo las "semillas - dragón" parecen no recordar el peligro representado por los dragones reales que en su debido tiempo aparecen en la escena histórica. Tampoco parecen entender o admitir que la llama devastadora de los dragones nucleares no puede ser confinada a un único local —el Oriente Medio o el Extremo Oriente, por ejemplo—, sino que alcanza todo el planeta, inclusive Estados Unidos y Europa.

2.8

El blanco último de la proyectada "estrategia americana de ataques preventivos" es naturalmente China. Al comentar los rui-

[48] S. Nuhara, *op. cit.*, p. 3.

dos agresivos y las informaciones filtradas desde Washington referente a aquel país poco después del bombardeo de la embajada china en Belgrado, "el contra-almirante Eugene Carroll, del Centro de Informaciones de la Defensa, un órgano independiente de informaciones, dijo: 'Existe aquí una *demonización de China*. No tengo certeza de quien la genera, pero los comentarios son orquestados para mostrar a China como el *peligro amarillo*'".[49]

Inicialmente, el bombardeo de la embajada china en Belgrado fue presentado por los portavoces de la OTAN como un "accidente inevitable, aunque lamentable". Cuando más tarde se hizo claro que la embajada no fue alcanzada por una bomba perdida, sino por cohetes procedentes de tres direcciones diferentes, y por tanto debió haber sido planeado con todo cuidado, Washington ofreció una explicación fabulosa: que la CIA no consiguió un mapa actualizado de Belgrado, cosa que cualquiera podría comprar en la tienda de esquina más próxima. Mas aún así continuó el misterio sobre lo que había de tan importante y legítimo con relación al alegado blanco previsto que antes había ocupado el espacio entonces ocupado por la embajada china. Todavía estamos esperando respuestas aceptables, que obviamente nunca llegarán. Una explicación racional sería, bajo dos aspectos, el hecho de que la operación haya sido realizada como campo de prueba. Primero, para probar cómo el gobierno chino reaccionaría a tales actos de agresión, obligándolo a tragarse la humillación que los acompañaba. Y, segundo, y tal vez más importante, para probar la respuesta de la opinión pública mundial, que fue absolutamente sumisa y complaciente.

Los problemas que afectan profundamente las relaciones entre los Estados Unidos y China no podrían ser más graves. En cierto sentido, resultan del inconveniente hecho de que "*El*

[49] "Washington Tells China to Back Off or Risk Cold War", *The Daily Telegraph*, 16 de mayo de 1999, p. 15. El mismo artículo informa que "la onda de historias de espionaje parece haber sido filtrada por figuras importantes del Partido Republicano y del Pentágono, que consideran del mejor interés de los Estados Unidos tener un gran enemigo". Está claro que Sadam Hussein no es lo suficientemente grande para atender a los requisitos ideológicos y a los gastos militares crecientes que corresponden a largo plazo al proyecto de la agresiva postura imperialista de Estados Unidos.

Estado-Partido todavía no haya encontrado un lugar en el mercado libre mundial".[50] Cuando el imperialismo hegemónico global usa los conceptos de "democracia" y "mercado libre" para legitimarse ideológicamente, cualquier desvío con relación a esa ideología —apoyada en un importante poder militar y económico— significa un desafío grave. Y lo que torna el desafío absolutamente intolerable es la perspectiva de desarrollos económicos desventajosos para los Estados Unidos, dadas las actuales tasas de expansión, combinadas con el hecho de que la población china supera en un billón de personas a la de los Estados Unidos. Como afirma el mismo artículo, reflejando las graves preocupaciones con los actuales acontecimientos: "*En 2020, la economía de China sería por sí sola equivalente a tres veces la americana*".[51] No es difícil imaginar la alarma generada por tales perspectivas en los círculos gobernantes de Estados Unidos.

Fiel a su papel de apologeta, *The Economist* intenta dar un brillo de respetabilidad a la preparación y a la disposición militar para morir por la causa de la "democracia" y por la "libertad de mercado". En el artículo "The New Geopolitics", la revista exige la admisión de montañas crecientes de cadáveres. No por parte de los Estados Unidos, naturalmente, sino por parte de aquellos a quienes la revista denomina *asistentes locales* de los Estados Unidos. Con una hipocresía sin fin, *The Economist* habla del necesario "*compromiso moral*" de las democracias con la guerra, invocándolas, en nombre de aquella moral, a aceptar el hecho de ser "*la guerra un tiempo de morir y de matar*".

Ser un devoto "asistente local" de los Estados Unidos es el papel atribuido a Japón, justificado por la proyectada amenaza China. La seria oposición en el país a la redefinición y peligrosa expansión del Tratado de Seguridad Japón-Estados Unidos es caracterizada como una "reacción nerviosa". Felizmente, China ha de hacer que Japón vea la luz y pase a colaborar con decisión. Pues "una China en expansión significa un Japón aprehensivo, dispuesto a asirse a su alianza con los Estados Unidos". El mismo papel de asistente devoto es atribuido a Turquía, y también,

[50] Jonathan Story, "Time is Running out for the Solution of the Chinese Puzzle", *Sunday Times*, 1 de julio de 1999, p. 25.

[51] *Ibídem*. El artículo de Jonathan Story es un extracto de su libro, *The Frontiers of Fortune*, Londres, Financial Times/Prentice Hall, 1999.

expresando las esperanzas del *The Economist*, a la India, con el argumento de

> ser necesario reclutar el apoyo de los ejércitos de países aliados cuyos pueblos admiten que sus soldados hagan el *trabajo cuerpo-a-cuerpo* (o sea, morir); es esta la razón de la gran importancia de Turquía para la alianza,[52] y la razón por la cual algún día podría ser una buena idea pedir ayuda a la India.

En esta coyuntura, Rusia deberá también ocupar un lugar activamente pro-americano, en razón de su inevitable oposición proyectada a China.

Preocupada con la vulnerabilidad de sus territorios orientales, Rusia tal vez opte al final por introducir un poco más de sustancia en su Alianza por la Paz con la OTAN.

La caracterización de los países como "aprehensivos" y "preocupados" —si no hoy, quién sabe mañana— se debe a los conflictos esperados con la "estrella gigante que surge en el este", China. En la "nueva geopolítica", China es presentada como el denominador común de todos los problemas, y, simultáneamente, como la solución para sumar a todos los "preocupados" y "nerviosos" a una "Alianza por la Democracia" y a una "Alianza por la Paz", que tal vez atraiga inclusive a la India democrática (tradicionalmente un país no-alineado) hacia una versión surasiática de esta cuestión[53] bajo el liderazgo de Estados Unidos. Pero nadie puede afirmar que viviremos felices para siempre, ni siquiera que continuaremos vivos.

Naturalmente, esa especie de "doctrina" inspirada por Washington no se limita al *The Economist*, de Londres. Ya había sido encontrada en el Extremo Oriente, donde el Primer Ministro australiano, John Howard, presentó la "Doctrina Howard" que

[52] La importancia de Turquía como "asistente local" de los Estados Unidos fue enfáticamente expuesta en esta primavera con la ignominiosa entrega de Ocalan, líder del PKK kurdo, al gobierno de Ankara, bajo la gran presión de los Estados Unidos, humillando a varios "asistentes locales" europeos involucrados en el incidente. Ver Luigi Vinci, *La socialdemocracia e la sinistra antagonista in Europa*, Milán, Punto Rosso, 1999, p. 13. Ver también Fausto Bertinotti, *Per una societa alternativa: Intervista sulla politica, sul partito e sulle culture critiche*, entrevistado por Giorgio Riolo, Milán, Punto Rosso, 1999, pp. 30-31.

[53] Todas las citas de este párrafo son de "The New Geopolitics", *The Economist*, 31 de julio de 1999, pp. 15-16

trata de cómo su propio país podrá cumplir el papel de fiel "asistente local". Para consternación de la opinión política del Sudeste de Asia, declaró que "Australia deberá actuar como un subdelegado de los Estados Unidos encargado de la manutención de la paz en la región".[54] El líder de la oposición de Malasia, Lim Kit Siang, respondió a esa idea diciendo que

> el Sr. Howard había hecho más que cualquier otro Primer Ministro australiano anterior para perjudicar las relaciones de Australia con Asia desde que se abolió la política de la Australia Blanca en la década de 1960.[55]

Mas, fue el académico indonesio formado en los Estados Unidos, Hadi Soesastro, quien dio en el clavo al decir que "el subdelegado siempre es el que muere".[56] De hecho, es precisamente este el papel de los "asistentes locales" de los Estados Unidos: matar y morir por la causa que les sea determinada de arriba.

Marx escribió en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* que los acontecimientos históricos siempre aparecen dos veces de formas contradictorias: primero, como una *tragedia* (napoleónica), y más tarde como la *comedia* de *Napoleón le petit*. El papel atribuido a Japón en la reciente revisión del Tratado de Seguridad Japón–Estados Unidos solo podría generar una gran tragedia en el Sudeste de Asia, y una devastación igualmente trágica del propio Japón. Mientras que en la "Doctrina Howard", el papel de "subdelegado de los Estados Unidos" en ella proclamado solo puede ser descrito como la farsa que llega corriendo ansiosa antes de la tragedia.

2.9

La historia del imperialismo muestra tres fases distintas:

1. *El primer imperialismo colonial moderno constructor de imperios*, creado por la expansión de algunos países europeos en algunas partes fácilmente penetrables del mundo;

[54] David Watts, "Howard's Sheriff Role Angers Asians", *The Times*, 27 de septiembre de 1999, p. 14.

[55] *Ibídem*.

[56] *Ibídem*.

2. *Imperialismo "redistributivo" antagónicamente contestado por las principales potencias en favor de sus empresas casi-monopolistas*, llamado por Lenin "estadío superior del capitalismo", que involucraba un pequeño número de poseedores, y algunos pequeños sobrevivientes del pasado, agarrados a los restos de la antigua riqueza que llegó a su fin poco después del final de la Segunda Guerra Mundial; y
3. *Imperialismo global hegemónico*, en el que Estados Unidos es la fuerza dominante, previamente anunciado por la versión de Roosevelt de la "Política de Puerta Abierta", con su fingida igualdad democrática, que se tornó mucho más pronunciada con la eclosión de la crisis estructural del sistema del capital —a pesar de haberse consolidado poco después del final de la Segunda Guerra Mundial— que trajo el imperativo de constituir una estructura de comando abarcadora del capital bajo un "gobierno global" presidido por el país globalmente dominante.

Los que tuvieron la ilusión de que el "neocolonialismo" de la pos-guerra había creado un sistema estable, en el que la dominación política y militar había sido sustituida por la dominación económica directa, tendieron a atribuir un peso excesivo a la permanencia del poder de los antiguos señores imperialistas después de la disolución formal de sus imperios, subestimando al mismo tiempo las aspiraciones exclusivistas de dominación hegemónica global de los Estados Unidos y las causas que les daban sustentación. Imaginaban que al fundar "Institutos de Estudios para el Desarrollo" —con el propósito de "completar la educación" de las élites políticas y administrativas pos-coloniales de sus posesiones anteriores, induciéndolas a adoptar las recién promovidas teorías y políticas de "modernización" y "desarrollo"—, las antiguas metrópolis coloniales podrían garantizar la continuidad sustantiva de su antiguo sistema. Lo que dio fin a tales ilusiones no fue apenas el poder de penetración aplastantemente mayor de las empresas norteamericanas (fuertemente apoyadas por el gobierno de los Estados Unidos), sino, todavía más significativo, el colapso completo de la "política de modernización" por todas partes, como ha sido discutido arriba.

Pero el hecho de haber sido tan exitoso, y de todavía continuar dominando, no significa que el imperialismo hegemónico de los Estados Unidos pueda ser considerado estable, mucho menos permanente. El soñado "gobierno global", bajo la administración de los Estados Unidos, continua siendo un sueño propagandístico, así como lo fue la "Alianza para el Progreso" y la "Alianza por la Paz", proyectadas —en una época de colisiones militares y de explosiones sociales cada vez más frecuentes— como la fundación firme de la más nueva versión del "Nuevo Orden Mundial". Ya vimos ese filme, cuando —después de la implosión del sistema soviético— esa visión

> encontró apoyo en los Estados Unidos, entonces ansiosos de mantener en actividad el mecanismo generador del capitalismo al final de la Guerra Fría. Asociaciones selectivas con importantes Estados considerados "mercados emergentes" ofrecían una alternativa de política externa para sustituir la entonces moribunda estrategia de contención. Esta política imaginaba a los Estados Unidos en la cima de un "Mundo Único" que se movía en dirección a la prosperidad común, a la democracia y a mejores condiciones de vida para todos. Las empresas occidentales derramarían nuevas tecnologías en las regiones más pobres del mundo, donde la mano-de-obra era abundante, barata y talentosa. Mercados financieros globales, ya libres del rígido control político, ofrecerían el capital. En el plazo de un par de décadas despuntaría un enorme mercado consumidor transnacional.[57]

Mucho más de diez años pasaron desde lo que fue prescrito hace un par de décadas, y nuestras condiciones están hoy mucho peores que en cualquier otra época anterior, inclusive en un país de capitalismo avanzado como Gran Bretaña, donde —de acuerdo con las estadísticas más recientes— *uno de cada tres niños* vive por debajo de la línea de pobreza, y su número *se multiplicó por tres* a lo largo de los últimos veinte años. Y que nadie tenga ilusiones sobre los efectos de la crisis estructural del capital incluso en el país más rico, Estados Unidos, pues también ahí las condiciones se deterioraron mucho a lo largo de las dos últimas décadas. De acuerdo con un informe reciente de la Oficina de Presupuesto del Congreso —y nadie puede acusar a esa oficina de "tendencia izquierdista"—, el *1% más rico* de la población gana tanto como los

[57]Jonathan Story, *op. cit.*, p. 33.

cien millones más pobres (o sea, casi 40%). Y, significativamente, ese número alarmante *dobló desde 1977*, cuando la renta del 1% más rico era equivalente a "solamente" *49 millones* de los más pobres, o sea, menos del 20% de la población.[58]

En relación al resto de las proyecciones optimistas citadas anteriormente, ya no nos ofrecen la ilusión de un "enorme mercado transnacional" que traerá "prosperidad para todos", inclusive a los pueblos del este. El Primer Ministro de China, Zhu Rongji, es hoy aclamado por las "tentativas osadas de reforma del sector estatal, que significan *desempleo para millones de obreros chinos*".[59] ¿Cuántos millones de otros trabajadores —quien sabe si centenas de millones— deberán perder su empleo antes de que se pueda afirmar que China calificó para ocupar "un lugar en el libre mercado mundial"? Mientras tanto el editorial del *The Economist* se limita a expresar su esperanza, pronosticar la certeza de que el sistema chino será derrumbado desde dentro hacia afuera,[60] y proyectar en otros artículos una solución militar externa, como ya vimos. Común a los dos abordajes es la total ausencia de sentido de realidad. Pues aunque el sistema chino pudiera ser derrumbado hoy o mañana, eso no impedirá en lo absoluto el completo fracaso de las confiadas expectativas otrora asociadas a los "mercados emergentes" y su proyectado impacto "en la manutención de la actividad del mecanismo generador del capitalismo al final de la Guerra Fría".

Mientras tanto, continúan intensificándose las contradicciones y los antagonismos asociados a causas irremovibles. Bajo el comando del capital, *estructuralmente* incapaz de dar solución a sus contradicciones —y de ahí la manera en que *posterga* el "momento de la verdad" hasta que las presiones económicas resultan en algún tipo de explosión—, existe una tendencia a la representación equivocada del tiempo histórico, tanto en dirección al pasado como al futuro, en interés de la eternización del presente. La lectura tendenciosa del pasado emerge del imperativo ideológico de representar erróneamente el presente como la moldura estructural necesaria de todo cambio posible. Pues es

[58] Ver David Cay Johnston, "Gap Between Rich and Poor Found Substantially Wilder", *The New York Times*, 5 de septiembre de 1999.

[59] "Worried in Beijing", *The Economist*, 7 de agosto de 1999, p.14.

[60] *Ibídem*. La imprescindible caída de China fue pronosticada diversas veces en ese insignificante —menos de una página— editorial.

precisamente en razón de esa necesidad de proyectarse el presente establecido en el futuro indefinido que el pasado debe también ser imaginado —en la forma de un *dejà vu*— como el dominio de la presencia eterna del sistema bajo ropajes diferentes, de manera que remueva las determinaciones históricas reales y las limitaciones temporales del presente.

El resultado de los perversos intereses que están en la raíz de la relación del capital con el tiempo es ser él incapaz de una *perspectiva de largo plazo*, y de un sentido de *urgencia* incluso ante la inminencia de una explosión. Las empresas son orientadas para realizar las proyecciones concebidas en la más miope de las escalas de tiempo, y para avalar su éxito en la misma escala. Es por eso que a los intelectuales que adoptan el punto de vista del capital les gusta argumentar que todo lo que funcionó en el pasado —encapsulado en el método idealizado de "hacer un poco cada vez"— ha de funcionar también en el futuro. Es una falacia peligrosa, dada la presión creciente de nuestras contradicciones, pues el tiempo no está de nuestro lado. Para realizar una alineación feliz de todos los países "nerviosos" y "preocupados" con las estrategias de los Estados Unidos, en la mejor de las hipótesis, *The Economist* comete una proyección arbitraria del presente en el futuro, para no decir una representación absolutamente errada de las realidades del presente para que ellas se ajusten al futuro ansiadamente anticipado. Pues incluso las contradicciones actuales entre Estados Unidos y Japón, así como las que existen entre Rusia y Estados Unidos, son mucho mayores que la capacidad de absorción del actual esquema de cosas, para no mencionar sus desdoblamientos en el futuro. Tampoco se pueden ignorar los conflictos objetivos de interés entre India y Estados Unidos para verlos en una armonía perfecta en razón del "desasosiego" de la primera con relación a China.

Además, ni siquiera la aparente armonía predominante entre los Estados Unidos y la "Unión Europea", en el ámbito de la OTAN, debe persistir en el futuro, dadas las señales claras de conflictos "interimperialistas" tanto en el interior de la Unión Europea como entre los Estados Unidos y la Unión Europea.[61] A

[61] Ver la preocupante discusión de estas cuestiones en el volumen de Luigi Vinci citado en la nota 37 de este capítulo, en particular, pp. 60-66.

veces, hasta el propio *The Economist* traiciona su preocupación de que no todo está corriendo como se esperaba en las relaciones occidentales cargadas de conflictos, al insistir que nadie debería pensar en desafiar el dominio de Estados Unidos. Como fue dicho en un editorial:

> Incluso los motivos de una política externa común varían. Algunos la desean como expresión de la voluntad común de Europa; otros, como rivales o con restricción a los Estados Unidos. Si se transformara en nada más que una forma de antinorteamericanismo, sería un desastre. Para el futuro previsible, la OTAN, preferiblemente en sincronía con la ONU, será el elemento aglutinador de la seguridad occidental. Estados Unidos todavía deberá asumir la responsabilidad de tratar con la mayoría de las zonas de peligro del mundo. Pero en regiones próximas como los Balcanes, Estados Unidos preferiría transferir esa responsabilidad hacia Europa. E incluso en áreas como el Medio Oriente o Rusia, Europa debe ser capaz de cumplir un papel complementario al de Estados Unidos. Europa puede y debe ejercer una influencia mayor en el mundo, pero no ha de ser una superpotencia todavía por muchos años.[62]

La frase vacía "Europa puede y debe ejercer una influencia mayor en el mundo" (¿cuál? y ¿dónde?) es ofrecida como un "premio de consolación", de modo tal que legitime a los ojos de ingenuos la supremacía absoluta de los Estados Unidos, alardeada por *The Economist*. Pero, en realidad, no se trata de saber en cuánto tiempo Europa va a transformarse en una superpotencia con poder militar equivalente al de Estados Unidos, sino de qué forma y con qué intensidad deberán irrumpir los antagonismos interimperialistas en un futuro que no está tan distante.

De hecho, la administración de los Estados Unidos ya está preocupada con las perspectivas de evolución de los acontecimientos en Europa.

> Strobe Talbot, vice-secretario de Estado, dijo que la última cosa que Washington deseaba ver era una identidad europea (defensiva) "que comienza en la OTAN, pero se autonomiza fuera y se aparta de la OTAN". El riesgo, dijo en un seminario en el Royal Institute of

[62]"Superpower Europe", *The Economist*, 17 de julio de 1999.

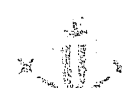
> International Affairs, es el de una "estructura de defensa de la Unión Europea que primero duplique la de la alianza y enseguida rivalice con ella". Las palabras de Mr. Talbot [...] se refieren también a la ambigüedad esencial americana ante una mayor unidad europea: eso es muy bueno, *mientras no ponga en riesgo la preeminencia global de los Estados Unidos*.[63]

Así, el Departamento de Estado norteamericano no pierde la oportunidad de dejar clara su determinación de mantener al resto del mundo al servicio de las exigencias de su *"preeminencia global"*. Naturalmente el más servil de todos los gobiernos occidentales, el británico, se apresuró en aclarar y reafirmar su apoyo en el mismo seminario del Royal Institute of International Affairs.

> Para aplacar las preocupaciones americanas, Lord Robertson, que está dejando el cargo de Secretario de Estado para la Defensa para asumir en la próxima semana el puesto de manos de Xavier Solana en la OTAN, declaró que la alianza atlántica continúa siendo la pieza básica de la política británica de defensa.[64]

Es posible que así sea, mientras el papel de "caballo de Troya" atribuido por Estados Unidos al gobierno británico continúe sin ser contestado. Pero tales reafirmaciones no son nada más que "silbidos en lo oscuro" que no traen tranquilidad con relación a las contradicciones objetivas de interés existentes entre las potencias occidentales, que deberán intensificarse en el futuro, por más que el Departamento de Estado norteamericano no se canse de recordar a la Unión Europea quién rige la música, aunque se rehúse a pagar por esto.

[63]Rupert Cornwell, "Europe Warned not to Weaken NATO". *The Independent*, 8 de octubre de 1999, p. 18.
[64]*Ibídem*.




3

LOS DESAFÍOS HISTÓRICOS ANTE EL MOVIMIENTO SOCIALISTA

3.1

Como ya vimos antes, el movimiento antiimperialista de los Estados Unidos a fines del siglo XIX e inicios del XX fracasó por causa de la "conciliación entre el movimiento obrero y los *trusts*, y del apoyo que aquel ofreció a la política externa de estos". La conclusión a que llegó, en 1902, el antiguo socio de Lincoln, George S. Boutwell, de que "el esfuerzo final de salvación de la república debe ser hecho por las clases trabajadoras y productoras", suena profética hasta hoy, pues las condiciones de éxito continúan siendo las mismas, y solamente "las clases trabajadoras y productoras" norteamericanas tienen capacidad de poner fin al impulso destructivo del imperialismo hegemónico global. Ninguna potencia militar o política en la Tierra sería capaz de realizar desde *fuera* lo que solo puede ser hecho desde *dentro* por un movimiento que ofrezca una alternativa positiva para el orden existente en los Estados Unidos.

Naturalmente, eso no quiere decir que podamos todos descansar y esperar hasta que se complete la acción necesaria, porque aisladamente ella nunca se completará. Los problemas y las contradicciones están tan intrincadamente entrelazados que su

solución exigirá cambios profundos también en otras partes del mundo. Las causas más profundas de contradicciones tan explosivas deben ser atacadas en todos los lugares, con iniciativa verdaderamente internacional, cuyos elementos particulares se ocupen de su propia parcela en la red de contradicciones salvajes del capital, en solidaridad con las "clases trabajadoras y productoras", en Estados Unidos y en otras partes del mundo. La conciliación entre el "movimiento obrero americano y los *trusts*, y el apoyo de aquel a la política externa de estos" al inicio del siglo XX[65] se debieron, por una parte, a la existencia de espacio para la expansión imperialista y, por tanto, para el dislocamiento de las contradicciones del capital; y, por parte del trabajo, a la ausencia de condiciones objetivas y subjetivas[66] para una *alternativa hegemónica viable* al modo de control de la reproducción societal por el capi-

[65] Para una historia esclarecedora y actualizada del movimiento obrero norteamericano, ver Paul Buhle, *Taking Care of Busines: Samuel Gompers, George Meany, Lane Kirkland, and the Tragedy of American Labor*, Nueva York, *Monthly Review Press*, particularmente pp. 17-90 y 204-263. Un libro muy informativo sobre el papel estratégico del trabajo sindicalizado de hoy es *Why Unions Matte*, de Michael D. Yates, Nueva York, *Monthly Review Press*, 1999.

[66] Es cierto que el reconocimiento de la existencia de condiciones objetivas desfavorables no puede representar una justificación general de las condiciones generalmente auto-impuestas por la "parte subjetiva". Michael Yates enfatiza, con toda razón, el impacto y la responsabilidad históricos de los individuos que estaban en posición de tomar decisiones como protagonistas del movimiento obrero americano. En reciente artículo, él afirma que "Gompers no necesitaba haber traicionado y denunciado a la policía el IWW (Industrial Workers of the World) y los líderes socialistas, pero los líderes socialistas no precisaban haberse aliado a Gompers y hacerse tan agresivamente conservadores como él. Gompers y sus seguidores no precisaban haberse comprometido con el imperialismo de Estados Unidos y solapado los movimientos obreros progresistas por todo el mundo, recibiendo dinero de la CIA en el mismo instante en que esa agencia de la muerte apoyaba la prisión y el asesinato de líderes sindicales en todo el mundo. Los líderes del CIO (Congress of Industrial Organizations/Congreso de las Organizaciones Industriales) no precisaban haber participado de la caza de brujas, que hizo a aquella organización virtualmente indistinguible de la AFL (American Federation of Labor/Federación Norteamericana del Trabajo) cuando la fusión de las dos en 1955. Pero los comunistas tampoco precisaban haber insistido en que el gobierno prendiese a los trotskistas ni obedecido como esclavos las directivas de Stalin. Todo eso no significa que las acciones de algunos radicales y las de Gompers y otros estén en el mismo plano, quiere decir apenas que los radicales también hicieron su propia historia". Michael D. Yates, "The Road Not Taken", *Monthly Review*, vol. 51, no.6, noviembre de 1999, p. 40.

tal. Esta alternativa es inconcebible sin una solidaridad internacional dirigida hacia la creación de un orden de igualdad sustantiva.

No es necesario ser un socialista militante para percibir los peligros que nos esperan. Es relevante recordar, en este contexto, el llamado de alarma dado por Joseph Rotblat, Premio Nobel de 1977, con relación a la orientación hacia el lucro de las actividades de investigación en las áreas de biotecnología y clonación. Como sabemos, bajo las leyes del capital, estas actividades —limitadas por los imperativos expansionistas del sistema, cualesquiera sean las consecuencias humanas y ecológicas— representan una nueva dimensión del potencial de autodestrucción de la humanidad. Esa nueva dimensión se suma al arsenal ya existente de armas nucleares, químicas y biológicas, cada una de ellas capaz de causarnos muchas veces un holocausto universal.

Tal como Joseph Rotblat, un destacado científico liberal que tuvo gran importancia en el movimiento de protesta que evitó la elección de Margaret Thatcher para la Cancillería de la Universidad de Oxford, suscitó la cuestión del peligro de la incontrolabilidad y del potencial de autodestrucción humana, como problema de gran urgencia, con relación a la forma en que es producido y utilizado el conocimiento científico en general en nuestro orden social. En un reciente artículo sobre la integridad académica, escribió:

> Las estructuras de la sociedad —sociales, políticas y religiosas— están crujiendo pesadamente bajo el peso de nuestra incapacidad de absorber lo que sabemos en sistemas éticos y sociales ampliamente aceptados. El problema es urgente. [...] Uno de los resultados posibles es, naturalmente, una fuga hacia varias formas de fundamentalismo, lo que ciertamente representaría una grave amenaza a la integridad académica. La alternativa es reconocer que existe la obligación, por parte de los creadores de esas reservas de conocimiento, de imaginar medios para *desarmar su capacidad de destruirnos*.[67]

No se puede exagerar la responsabilidad social de los científicos de luchar contra tales peligros. De hecho, los mejores

[67] Denis Noble, "Academic Integrity" en Alan Montefiore; David Vines (orgs.), *Integrity in the Public and Private Domains*, Londres/Nueva York, Routledge, 1999, p. 184.

científicos participaron de esa iniciativa en el siglo XX. Einstein, por ejemplo, luchó durante muchos años contra la militarización de la ciencia y en favor de la causa vital del desarme nuclear. En un mensaje en el que se proponía un Congreso Nacional de Científicos —que, realmente, por causa de pesadas interferencias jamás consiguió reunirse—, Einstein afirmó:

> Estoy sinceramente feliz de que la gran mayoría de los científicos sean totalmente conscientes de sus responsabilidades como intelectuales y ciudadanos del mundo; y por no haber sido víctimas de la histeria generalizada que amenaza nuestro futuro y el de nuestros hijos. Es espantoso ver que el veneno del militarismo y del imperialismo amenaza traer cambios indeseables a la actitud política de los Estados Unidos [...] Lo que estamos viendo no es una expresión de los sentimientos del pueblo norteamericano; por el contrario, refleja la voluntad de una poderosa minoría que usa su fuerza económica para controlar los órganos de la vida política. Si el gobierno se mantuviera en ese curso catastrófico, nosotros, los científicos, debemos rechazar someternos a sus exigencias inmorales, aunque estén apoyadas por un aparato legal. Existe una ley no escrita, la de nuestra conciencia, que es mucho más impositiva que cualquier otra que venga a ser inventada en Washington. Y, naturalmente, existen armas definitivas, a nuestra disposición: la no-cooperación y la huelga.[68]

La cancelación de esa reunión fundamental, programada para los días 10 a 12 de enero de 1946, demostró inmediatamente que la creencia declarada de Einstein en la responsabilidad social conscientemente aceptada de la gran mayoría de los científicos fue una gran frustración. Aún así él continuó la lucha hasta su muerte, desafiando amenazas de denuncias públicas. Sabía muy bien que "solamente por la acción revolucionaria los hombres se liberarían del yugo intolerable, congelado en ley",[69] e insistió en que

> actos, y no palabras, son necesarios: simples palabras no llevan a los pacifistas a ningún lugar. Es preciso iniciar la acción y comenzar por lo que sea posible conquistar ahora.[70]

[68] Otto Nathan y Heinz Norden (orgs.), *Einstein on Peace*, Nueva York, Schocken Books, 1960, p. 343. El mensaje de Einstein solo fue publicado póstumamente.
[69] *Ibídem*, p. 107.
[70] *Ibídem*, p. 116.

A pesar de su inmenso prestigio y acceso sin paralelo a los jefes de gobierno y a los medios de comunicación, al final Einstein estaba completamente aislado y derrotado por los apologetas del creciente complejo militar-industrial, que llegaron incluso a pedir que fuese llevado a juicio[71] y expulsado de los Estados Unidos, diciendo a gritos en el Congreso que "a ese agitador extranjero le gustaría lanzarnos a otra guerra en Europa para facilitar el avance del comunismo por todo el mundo".[72]

Así, ni siquiera la protesta del científico de mayor preocupación social y de mayor conciencia política del siglo pasó de ser un "grito en el desierto". Pues no fue amplificado por un *movimiento de masas* capaz de, por su propia visión alternativa viable de cómo ordenar los intereses sociales, enfrentar y desarmar las fuerzas destructivas fuertemente atrincheradas. Una alternativa también fue imaginada por Boutwell que insistió en que "el esfuerzo final de salvación de la república" —contra las grandes empresas constructoras de imperios y su Estado— "deberá ser hecho por las clases trabajadores y productoras". Boutwell enunció esas palabras hace un siglo, y su verdad no dejó de crecer a partir de entonces. Pues los peligros aumentaron enormemente para toda la humanidad, no apenas en relación con 1902, momento en que se pronunció Boutwell, sino incluso en comparación con la época de Einstein. Los megatones del arsenal nuclear que preocupaban a Einstein no solo se multiplicaron desde su muerte, sino que también proliferaron, a pesar de toda falaz conversación al respecto del "final de la Guerra Fría". La verdad de la coyuntura actual nos fue violentamente recordada cuando el presidente Yeltsin intentó justificar el "derecho soberano" de la terrible guerra de su país contra Chechenia, avisando al resto del mundo que Rusia todavía poseía un arsenal nuclear completo.

Hoy, más allá de la amenaza nuclear de la MAD (*Mutually Assure Destruction*/Destrucción Mutualmente Asegurada), el conocimiento de cómo emplear armas químicas y biológicas para exterminio de masas está disponible para todo aquel que no dude en usarlas en caso de amenaza al dominio del capital. Y eso no es

[71] *Ibídem*, p. 344.

[72] Citado en Ronald W. Clark, *Einstein: The Life and Times*, Londres, Hodder and Stoughton, 1973, p. 552. El congresista citado, que lanzó esa violenta denuncia contra Einstein en la Cámara de Representantes, fue el diputado John Rankin, político del Mississippi.

todo. La destrucción del medio ambiente al servicio de los intereses ciegos del capital, asumió proporciones tales —dramáticamente ilustradas por la terrible calamidad que alcanzó al pueblo de Venezuela en los últimos días del siglo XX, causada por la deforestación irresponsable y por proyectos "especulativos". Incluso si mañana se revierte el proceso, serían necesarias varias décadas para producir cambios significativos que neutralicen la articulación perniciosa, auto-infligida y auto-sustentada del capital, que debe perseguir su "racionalidad", expresada en términos inmediatamente "económicos", por medio de la *línea de menor resistencia*; además de implicaciones potencialmente letales de jugar con la naturaleza por el uso imprudente de la "biotecnología", la "clonación" y por la modificación genética descontrolada de alimentos, bajo los dictámenes de gigantes empresariales ganànciosos y de sus gobiernos. Tales implicaciones representan la apertura de una nueva "caja de Pandora".

En la actual coyuntura, son esos los peligros claramente evidentes en nuestro horizonte, ¡y nadie sabe cuales peligros adicionales para nuestros hijos surgirán a causa de la incontrolabilidad destructiva del capital! No obstante, lo que está absolutamente claro a la luz de nuestra experiencia histórica es que solamente un movimiento de masas genuinamente socialista será capaz de contener y derrotar las fuerzas que hoy empujan a la humanidad hacia el abismo de la autodestrucción.

3.2

La constitución urgentemente necesaria de la alternativa radical al modo de reproducción del metabolismo social del capital no ocurrirá sin un re-examen crítico del pasado. Es necesario examinar el fracaso de la izquierda histórica en concretar las expectativas optimistas expresadas por Marx cuando postuló, en 1847, la asociación sindical y el consecuente desarrollo político de la clase trabajadora paralelamente al desarrollo industrial de varios países capitalistas. Como expresó:

> el grado de desarrollo de la asociación en cualquier país marca claramente la posición que ocupa en la jerarquía del mercado

mundial. Inglaterra, cuya industria alcanzó el más alto grado de desarrollo, tiene las mayores y más organizadas asociaciones. En Inglaterra no se paró en las *unidades parciales* [...] continuaron las luchas políticas de los trabajadores, que hoy constituyen un gran partido político, los cartistas.[73]

Y Marx esperaba que ese proceso tuviese continuidad de modo que:

La clase obrera, a lo largo de su desarrollo, sustituirá la vieja sociedad civil por una asociación que ha de excluir las clases y sus antagonismos, y *dejará de existir el poder político propiamente dicho*, pues el poder político es exactamente la expresión oficial del antagonismo en la sociedad civil.[74]

Sin embargo, en el desarrollo histórico de la clase trabajadora, la parcialidad y la sectorialidad no se confinaron a las "asociaciones parciales" y a los varios sindicatos que de ellas surgieron. Ya en el inicio, la parcialidad inevitablemente afectó todos los aspectos del movimiento socialista, inclusive su dimensión política. De hecho, tanto eso es verdad que un siglo y medio más tarde aun presenta un problema inmenso, que esperamos sea resuelto en un futuro no muy distante.

Ya en su inicio, el movimiento obrero no logró dejar de ser sectorial y parcial. No era simplemente una cuestión de adoptar subjetivamente una estrategia errada, como generalmente se afirma, sino una cuestión de determinaciones objetivas. Como fue mencionado antes, la "pluralidad de capitales" no puede ser superada en el cuadro del orden sociometabólico del capital, a pesar de la tendencia inevitable a la concentración y a la centralización monopolista y también para el desarrollo transnacional, sino precisamente por su carácter *trans*nacional (y no genuinamente *multi*nacional), necesariamente globalizante. Tampoco puede ser superada en el terreno de la reproducción sociometabólica del capital, por grande que sea el esfuerzo invertido en el intento de transformar el trabajo de antagonista estructuralmente irreconciliable

[73] Karl Marx, *The Poverty of Philosophy*, en Marx y Engels, *Collected Works*, vol. 6, Nueva York, International Publishers, 1976, p. 210.

[74] *Ibídem*, p. 212.

del capital en su siervo obediente; intentos que variaron desde la absurda y mistificadora propaganda del "capitalismo del pueblo", basado en la propiedad de acciones, hasta la generalizada extracción política directa de trabajo adicional ejercida por las personificaciones post-capitalistas del capital que intentaron legitimarse por medio del alegato espurio de ser la representación de los "verdaderos intereses" de la clase obrera.

El carácter fragmentado y parcial del movimiento obrero se combinó con su articulación *defensiva*. El sindicalismo inicial —del cual más tarde surgieron los partidos políticos— representaba una *centralización de la sectorialidad* de tendencia autoritaria y, a través de ella, de la transferencia del poder de decisión de las "asociaciones" locales hacia los centros del sindicalismo y enseguida hacia los partidos políticos. Así, ya en sus inicios, todo el movimiento sindical fue inevitablemente *sectorial y defensivo*. De hecho, debido a la lógica interna de desarrollo de ese movimiento, la *centralización de la sectorialidad* trajo consigo el *atrincheramiento defensivo* que resultó en el abandono de los ataques esporádicos por medio de los cuales las combinaciones locales lograrían inflingir serios perjuicios a los antagonistas regados por el capital local. (Los precursores *ludistas* intentaron hacer lo mismo de una forma más destructiva y generalizada que, por eso mismo, pronto se hizo inviable.) El atrincheramiento defensivo representó así un avance histórico paradójico, ya que, por medio de sus primeros sindicatos, el trabajo se convirtió también en el *interlocutor* del capital, sin dejar de ser objetivamente su antagonista estructural. De esa generalizada nueva posición defensiva del trabajo resultaron, *bajo condiciones favorables*, algunas ventajas para unos pocos sectores del proletariado. Eso fue posible en la medida en que los elementos correspondientes del capital fueron capaces de ajustarse nacionalmente —en sintonía con la dinámica de la expansión y acumulación del capital— a las exigencias que les eran encaminadas por el movimiento obrero defensivamente articulado, un movimiento que operaba en el interior de las premisas estructurales del sistema del capital, como interlocutor legalmente constituido y regulado por el Estado. El desarrollo del *Estado del Bien-Estar* fue la última manifestación de esta lógica, que solo se hizo viable en un número limitado de países. Fue limitado tanto por las *condiciones favorables* de expansión capitalista en los países

involucrados, pre-condición para el surgimiento del *Estado del Bien-Estar*, como por la escala de tiempo, marcada al final por la presión de la "derecha radical" en torno a la completa liquidación de ese Estado, en las tres últimas décadas, en razón de la crisis estructural generalizada del sistema del capital.

Con la constitución de los partidos políticos obreros —bajo la forma de la división del movimiento en un "brazo industrial" (los sindicatos) y un "brazo político" (los partidos socialdemócratas y vanguardistas)—, la defensiva del movimiento se arraigó todavía más, pues los dos tipos de partido se apropiaron del derecho exclusivo de toma de decisión, que ya se anunciaba en la sectorialidad centralizada de los propios movimientos sindicales. Esa defensiva se agravó todavía más por el modo de operación adoptado por los partidos políticos, cuyos éxitos relativos implicaron el desvío del movimiento sindical de sus objetivos originales. Pues en la estructura parlamentaria capitalista, a cambio de la aceptación de la legitimidad de los partidos obreros por el capital, se hizo absolutamente ilegal usar el brazo industrial para fines políticos. Eso significó una severa restricción a la cual los partidos laboristas se sometieron, condenando de esa forma el inmenso potencial combativo del trabajo productivo, de base material y políticamente eficaz, a la completa falta de poder. Actuar de esa forma era todavía más problemático, pues el capital, por medio de su supremacía estructuralmente asegurada, continuó siendo una *fuerza extraparlamentaria por excelencia* que dominaba desde fuera el parlamento a su antojo. La situación tampoco podía ser considerada mejor en los países post-capitalistas, pues Stalin degradó a los sindicatos a la condición de lo que él denominó "correas de trasmisión" de la propaganda oficial, limitando cualquier posibilidad de decisión y control en el aparato político post-capitalista, por parte de la base de la clase trabajadora. Es comprensible, entonces, teniendo en cuanta la experiencia histórica infeliz con los dos tipos principales de partido político, que no haya esperanza de rearticulación radical del movimiento socialista sin que se *combine completamente el "brazo industrial" del trabajo con su "brazo político"*: lo que se hará, por un lado, confiriendo significativo poder de decisión política a los sindicatos (incentivándolos así a ser directamente políticos), y haciendo que los partidos políticos adopten una actitud desafiantemente activa en los conflictos industriales como antagonistas irreductibles del capital, asumiendo la responsabilidad por su lucha *dentro y fuera* del parlamento.

A lo largo de toda su historia, el movimiento obrero siempre fue sectorial y defensivo. De hecho, esas dos características definitorias constituyeron un verdadero círculo vicioso. El trabajo, en su pluralidad dividida y en general divergente, no logró liberarse de sus restricciones sectoriales paralizantes, en dependencia de la pluralidad de los capitales, por estar articulado defensivamente como movimiento general; y, viceversa, no fue capaz de superar las graves limitaciones de su postura necesariamente defensiva en relación con el capital por haber permanecido sectorial en su articulación industrial y política. Al mismo tiempo, para estrechar aún más el círculo vicioso, el papel defensivo asumido por el trabajo confirió una extraña forma de legitimidad al modo de control sociometabólico del capital. Pues, por inercia, la posición defensiva del movimiento, explícita o tácitamente, aceptó tratar el orden socioeconómico y político establecido como estructura y pre-requisito necesarios de todo lo que se podría considerar "realistamente viable" de entre las exigencias presentadas, demarcando al mismo tiempo la única forma legítima de resolver los conflictos que podrían resultar de las reivindicaciones rivales de los interlocutores. Para júbilo de las personificaciones del capital, eso fue el equivalente de un especie de *autocensura*. Representó una autocensura anestesiante que resultó en una inactividad estratégica que continúa todavía hoy paralizando inclusive el resquicio más radical de la izquierda histórica, sin hablar de sus elementos antes genuinamente reformistas, hoy totalmente domesticados e integrados.

Mientras la postura defensiva de "interlocutor racional" del capital —cuya racionalidad fue *a priori* definida por lo que pudiera ajustarse a las premisas y restricciones prácticas del orden dominante— fue capaz de producir ganancias relativas para los trabajadores, la autoproclamada *legitimidad* de la estructura política y reguladora general del capital permaneció fundamentalmente incontestada. Entre tanto, una vez bajo la presión de su crisis estructural, el capital no podía conceder nada de significativo a su "interlocutor racional", al contrario, tenía que retomar las concesiones anteriores, atacando sin piedad no solo los fundamentos del

Estado de Bienestar sino también las salvaguardas legales de defensa y protección del trabajo, por medio de un conjunto de leyes anti-sindicales autoritarias "democráticamente aprobadas". Con eso, el orden político establecido perdió toda su legitimidad, exponiendo también al mismo tiempo la total inviabilidad de la postura defensiva del trabajo.

La *"crisis de la política"*, que hoy no puede ser negada ni siquiera por los peores apologetas del sistema —aunque, por supuesto, se intente confinarla a la esfera de la manipulación política y a su consenso inmoral, en el espíritu de la "tercera vía" del *Nuevo Laborismo*—, representa una profunda crisis de legitimidad del modo establecido de reproducción sociometabólica y su estructura general de control político. Es lo que trajo consigo la *actualidad histórica de la ofensiva socialista*,[75] aunque la búsqueda, por parte del movimiento, de su "línea de menor resistencia" continúe, mientras tanto, propiciando la manutención del orden existente, a pesar de la pérdida cada vez más evidente de su capacidad de "cumplir lo que fue prometido" —inclusive en los países capitalistas más avanzados— que fue la base de su antes ampliamente aceptada legitimidad. Hoy, el "Nuevo Laborismo", en todas sus variedades europeas, es el signatario del "cumplimiento de las promesas" hechas apenas a los intereses más arraigados del capital, sea en el dominio del capital financiero —cínicamente defendido por el gobierno de Blair inclusive contra algunos de sus socios europeos— o en algunos de sus sectores industriales y comerciales casi monopolistas. Al mismo tiempo, para defender el sistema en los márgenes cada vez más estrechos de viabilidad reproductiva del capital, los intereses de la clase trabajadora son totalmente ignorados, facilitando también, en este aspecto, los intereses vitales del capital al mantener en vigor toda la legislación autoritaria anti-sindical del pasado reciente,[76] y al apoyar

[75] Ver el capítulo 18 de *Más allá del capital, op. cit.*, pp. 787-860. Una versión anterior de ese capítulo es parte del estudio titulado "Il rinnovamento del marxismo e l'attualità storica dell'offensiva socialista", publicado en *Problemi del socialismo* (jornal fundado por Lelio Basso), año XXIII, enero-abril de 1982, pp. 5-141.

[76] De cualquier forma, no se puede olvidar que la legislación anti-sindical en Inglaterra fue iniciada en el gobierno laborista de Harold Wilson, con la propuesta legislativa que recibió el nombre de "en lugar de la discordia", en la fase inicial de la crisis estructural del capital. Continuó durante el corto

con el poder del Estado la presión del capital en favor de la creciente precarización de la fuerza de trabajo, como solución cínicamente mentirosa para el problema del desempleo. Por esto no se puede eliminar de la agenda histórica la necesidad de una ofensiva socialista por ninguna variedad imaginable de acomodación defensiva del trabajo.

No es sorprendente que bajo las actuales condiciones de crisis se escuche el canto de sirena del keynesianismo, visto como el soñado remedio, apelando al espíritu del viejo "consenso expansionista" a servicio del "desarrollo". Pero hoy aquel canto suena hueco, venido a través de un largo canal desde allá del fondo de la tumba de Keynes. Pues el tipo de consenso cultivado por las variedades existentes de laborismo asimilado tiene, en realidad, que tornar palpable la *incapacidad estructural* de acumulación y expansión de los capitales, en nítido contraste con las condiciones que hicieron posibles las políticas keynesianas durante un corto período. Luigi Vinci, figura prominente del movimiento italiano de la *Rifondazione*, enfatizó correctamente que hoy la autodefinición adecuada y la viabilidad organizacional autónoma de las fuerzas radicales socialistas están "fuertemente limitadas por un keynesianismo de izquierda vago y optimista en el que la magia de la palabra "desarrollo" ocupa la posición central".[77] Una noción de "desarrollo" que ni siquiera en el auge de la expansión keynesiana fue capaz de hacer más próxima la alternativa socialista, porque siempre aceptó sin contestar las premisas prácticas necesarias del capital como estructura orientadora de su propia estrategia, bajo las firmes restricciones interiorizadas de la "línea de menor resistencia".

Es preciso también destacar que el keynesianismo es por su propia naturaleza *coyuntural*. Como opera en el ámbito de los parámetros estructurales del capital, es forzosamente coyuntural, independientemente de que las circunstancias favorezcan una coyuntura más larga o más corta. El keynesianismo, incluso la variedad llamada "keynesianismo de izquierda", está necesariamente contenido en la "lógica *stop-go*" del capital, y por ello es

gobierno de Edward Heath, y otra vez en los gobiernos laboristas de Wilson y Callaghan, diez años antes de recibir un claro "sello neoliberal" en el gobierno de Margaret Thatcher.

[77] Luigi Vinci, *op. cit.*, p. 69.

restringido. Aun en su apogeo, el keynesianismo no representó nada más allá de la fase "*go*" de un ciclo de expansión, que más temprano o más tarde llega a su fin, sustituido por la fase "*stop*". En sus orígenes, el keynesianismo intentó ofrecer una alternativa a la lógica "*stop-go*", por medio de la administración "equilibrada" de las dos fases. Pero no fue capaz de completarla, continuando preso a la fase "*go*", debido a la propia naturaleza de su estructura capitalista reguladora orientada por el Estado. La larga duración de la expansión keynesiana —anormal, pero significativamente confinada a un puñado de países capitalistas avanzados— se debió en gran parte a las condiciones favorables de la reconstrucción de la posguerra y a la posición dominante en ella asumida por el complejo militar-industrial fuertemente financiado por el Estado. En compensación, el hecho de que la fase "*stop*" de corrección y contra-acción a la fase "*go*" tenga que asumir la forma dura y dolorosa del "neoliberalismo" (y "monetarismo", conforme su racionalización ideológica seudo-objetiva) —ya en el gobierno laborista de Harold Wilson, presidido monetaria y financieramente por Denis Healey en calidad de Canciller del Tesoro— se debió al inicio de la *crisis estructural* (ya no la crisis cíclica tradicional) del capital, englobando toda una época histórica. Es lo que explica la duración excepcional de la fase "*stop*" neoliberal, ahora ya mucho más larga que la fase "*go*" del keynesianismo de la pos-guerra. Fase que, aún sin fin visible, se ve perpetuada por la atención igualmente cuidadosa de gobiernos conservadores y laboristas. O sea, tanto la dureza anti-sindical como la duración alarmante de la fase "*stop*" neoliberal, más el hecho de que el neoliberalismo sea practicado por gobiernos que deberían estar situados de lados opuestos del divisor político parlamentario, solo pueden ser entendidos como manifestaciones de la crisis estructural del capital. La circunstancia de que la brutal longevidad de la fase neoliberal sea racionalizada ideológicamente por algunos teóricos laboristas como el "largo ciclo recesivo" del desarrollo normal del capitalismo, a ser seguido por otro "largo ciclo de expansión", acentúa apenas la incapacidad del "pensamiento estratégico" reformista de entender la naturaleza de las actuales tendencias de desarrollo. Más aún, que el salvajismo del neoliberalismo continúa avanzando sin respuestas de una izquierda acomodada, y ya comienzan a faltarnos los años

necesarios inclusive para la realización de la caprichosa noción del próximo "largo ciclo de expansión", como teorizan los apologetas del capital en la izquierda.

Así, dada la crisis estructural del sistema del capital, aunque una alteración coyuntural fuese capaz de crear durante algún tiempo una tentativa de instituir alguna forma de administración financiera keynesiana del Estado, tendría forzosamente una duración muy limitada, debido a la ausencia de las condiciones materiales que podrían favorecer su extensión por un período mayor, incluso en los países capitalistas avanzados. Aún más importante, ese renacimiento coyuntural limitado nada podría ofrecer a la realización de la alternativa socialista radical. Pues sería imposible construir una alternativa estratégica viable al modo del control del metabolismo social del capital sobre una modalidad coyuntural interna de administración del sistema, una forma que depende de la expansión y de la acumulación saludables del capital como pre-condición necesaria de su propio modo de operación.

3.3

Como vimos en las páginas anteriores, las limitaciones sectoriales y defensivas del trabajo no fueron superadas por la centralización sindical y política del movimiento. Este fracaso histórico es hoy fuertemente enfatizado por la globalización transnacional del capital, para la cual el trabajo parece no tener respuestas que ofrecer.

Se debe recordar aquí que, a lo largo del último siglo y medio, fueron fundadas *cuatro Internacionales* para intentar crear la necesaria unidad internacional del movimiento. Todas ellas fueron incapaces de aproximarse a sus objetivos declarados, y más aún de realizarlos. No se puede entender este hecho simplemente en términos de traiciones, que —aunque resulte correcto en términos personales—, representan una posición de principio, ignorando las ponderables determinaciones objetivas que no pueden ser olvidadas en caso de que se pretenda remediar esta situación en el futuro. Pues todavía no se lograron explicar las razones *por las cuales* las circunstancias favorecieron esos desvíos y traiciones durante un período histórico tan largo.

El problema fundamental es que la pluralidad sectorial del trabajo está íntimamente ligada a la pluralidad conflictiva jerárquicamente estructurada de los capitales, tanto en el interior de cada país como a escala global. Si no fuera por esto, sería mucho más fácil imaginar la constitución exitosa de la unidad internacional del trabajo contra el capital unificado o unificable. Pero, dada la articulación conflictiva y necesariamente jerárquica del sistema del capital, con su prioridad interna e internacional inevitablemente predatoria, la unidad global del capital —la cual se podría contraponer a la correspondiente unidad global del trabajo— es inviable. El deplorable hecho histórico de que, en los principales conflictos internacionales, las clases trabajadoras se aliaron a los explotadores de sus propios países en vez de volver contra ellos sus armas, atendiendo a las insistentes invitaciones hechas por los socialistas, tiene su base material de explicación en la relación antagónica de poder a la que nos referimos aquí y no pueden ser reducidas a la cuestión de la "claridad ideológica". De la misma forma, los que esperan de la unificación del *capital globalizante* y de su *"gobierno global"* un cambio radical de ese aspecto —que podría ser combativamente enfrentada por una clase trabajadora internacionalmente unida y dotada de conciencia de clase— deberán una vez más frustrarse. El capital no va a ayudar ni a hacer tamaño "favor" a la clase trabajadora por la simple razón de que es incapaz de hacerlo.

La articulación jerárquica y conflictiva del capital permanece como el principio estructurador general del sistema, no importando su tamaño, ni el gigantismo de sus unidades constituyentes. Esto se debe a la naturaleza íntima del proceso de toma de decisión del sistema. Dado el irreconciliable antagonismo estructural entre el capital y el trabajo, este último es categóricamente excluido de toda toma de decisión significativa. Y es forzoso que sea así, no apenas en el nivel más abarcador, sino inclusive en su "microcosmos", en cada unidad productiva. Pues el capital, como poder de decisión alienante, sería incapaz de funcionar sin hacer que sus decisiones sean absolutamente incuestionables (por la fuerza de trabajo) en los locales de trabajo, ni (por complejos productores rivales en el propio país) en el nivel intermedio, ni aun en una escala más abarcadora (por el personal de comando encargado de las unidades internacionales competidoras). Esta es la razón por la cual el modo de toma de decisión —en todas las variedades conocidas y viables del sistema del capital— es siempre una forma autoritaria, de arriba hacia abajo, de administrar varias empresas. Es comprensible, por tanto, que todo el diálogo sobre "división de poder" con los trabajadores, o de "participación" de ellos en los procesos de decisión del capital pertenece al reino de la pura ficción, o de un camuflaje cínico del real estado de cosas.

Esa incapacidad estructuralmente determinada de dividir o poder explicar por qué la amplia variedad de evoluciones monopolistas ocurridas en el siglo XX asumió la forma de *"integraciones forzadas" (take overs)* —fueran ellas hostiles o no-hostiles (hoy ubicuas en una escala alarmante), pero invariablemente tomas de control en que una de las partes involucradas sobresale, incluso cuando la racionalización ideológica del proceso sea representada engañosamente como un "casamiento feliz de iguales". La misma incapacidad explica, de forma particularmente significativa en nuestros días, el hecho importante de que la actual globalización del capital haya producido y aún continúe produciendo gigantescas empresas *trans*nacionales, pero no *multi*nacionales, a pesar de la enorme conveniencia ideológica de estas últimas. No hay duda de que el futuro mostrará tentativas de corregir esta situación por medio de la creación y de la operación de compañías propiamente multinacionales. Pero, aunque esto ocurra, el problema subyacente deberá persistir. Pues las "gestiones co-divididas" de las multinacionales genuinas solo sería viables en la *ausencia de conflictos significativos de interés* entre los miembros nacionales particulares de las multinacionales en cuestión. Una vez que surjan tales conflictos, los "acuerdos armoniosos y colaborativos" de antes se tornarán insustentables, y el proceso general revertirá la variedad conocida de toma de decisión autoritaria de arriba hacia abajo, bajo el peso aplastante del miembro más fuerte. Pues ese problema es inseparable de la relación de los capitales nacionales con su *propia fuerza de trabajo*, que ha de continuar siempre estructuralmente conflictiva y antagónica.

Así, en una situación de conflicto grave, ningún capital nacional particular puede darse el lujo de perder una posición de ventaja por causa de decisiones tomadas en favor de una fuerza de trabajo nacional adversaria y, por implicación, de su adversario

capitalista de otra nación. El proyectado "gobierno global" bajo la ley del capital solo se haría viable si fuera posible encontrar una solución para este problema. Pero ningún gobierno, y mucho menos un "gobierno mundial", será viable sin una base material bien establecida y eficiente. La idea de un gobierno mundial viable implicaría, como base material necesaria, que se eliminaran de la constitución global del sistema del capital todos los antagonismos materiales significativos, y la consecuente administración armónica de la reproducción del metabolismo social por *un* monopolio global incontestable, que abarcaría *todas las facetas* de la reproducción social con la alegre cooperación de la fuerza de trabajo global —una verdadera contradicción en términos; o que un único país imperialista hegemónico gobernase todo el mundo permanente y autoritariamente y, siempre que fuera necesario, violentamente, una forma también insustentable y absurda de gobernar el orden mundial. Solo un modo de reproducción del metabolismo social auténticamente socialista es capaz de ofrecer una alternativa genuina para esas alarmantes soluciones.

Otra determinación objetiva vital a ser enfrentada, por más desagradable que pueda parecer, se refiere a la naturaleza de la esfera política y a los partidos en ella contenidos, pues la centralización de la sectorialidad del trabajo —cuestión que sus partidos deberían resolver— se debió en gran parte al modo necesario de operación de los propios partidos políticos, en oposición inevitable a su adversario *político* dentro del estado capitalista representado por la estructura general de comando político del capital. De esa forma, todos los partidos políticos obreros, inclusive el leninista, tuvieron que buscar una dimensión política abarcadora para poder espejar, en su propio modo de articulación, la estructura política subyacente (el estado capitalista burocratizado) a que estaban sujetos. Problemático en todo esto era el hecho de que el reflejo del principio de estructuración política del adversario, políticamente necesario y exitoso, no permitiera la visión práctica de una forma *alternativa* de control del sistema. Los partidos políticos obreros no fueron capaces de elaborar una alternativa viable por estar, dada su función de negación, centrados exclusivamente en la *dimensión política* del adversario, permaneciendo así absolutamente dependientes de su objeto de negación.

La dimensión vital ausente, que los partidos políticos no pueden suplantar, es el capital, no como *comando político* (ese aspecto fue sin duda abordado), sino como *regulador del metabolismo social del proceso de reproducción material* que básicamente determina no solo la dimensión política, sino también muchas otras cosas además de esta. Esa correlación única en el sistema del capital, entre las dimensiones política y reproductiva material, es lo que explica por qué, en tiempos de crisis socioeconómicas y políticas graves, vemos movimientos periódicos de articulaciones parlamentarias democráticas de la política, en sus formas más extremas y autoritarias. Eso cuando los procesos de metabolismo social en agitación exigen y permiten tales variaciones, para retornar, en su debido tiempo, al cuadro político regulado por las reglas democráticas formales de oposición, ahora en el terreno metabólico social recién-reconstituido y consolidado del capital.

Como *controla* realmente todos los aspectos vitales del metabolismo social, el capital es capaz de definir separadamente la esfera constituida de la legitimación política como una cuestión estrictamente *formal*, excluyendo *a priori* la posibilidad de cualquier negación legítima en su esfera *sustantiva* de operación reproductiva socioeconómica. Para ajustarse a tales determinaciones, el trabajo, como antagonista del capital realmente existente, es obligado a condenarse a permanente impotencia. En este sentido, la experiencia histórica pos-capitalista es un relato triste y premonitorio, por los errores en los diagnósticos de los problemas fundamentales del orden social negado, y consecuentes errores de sus intentos de solución.

El sistema del capital está formado por componentes inevitablemente *centrífugos* (conflictivos y antagónicos), complementados bajo el capitalismo por el poder absoluto de la "mano invisible" y por las funciones legales y políticas del Estado moderno, que componen su dimensión *cohesiva*. El fracaso de las sociedades post-capitalistas fue haber intentado equilibrar la determinación estructuradora centrífuga del sistema heredado a través de la imposición, sobre sus componentes fuertemente antagónicos, de la *estructura de comando extremadamente centralizada* de un Estado político autoritario. Fue lo que hicieron, en vez de atacar el problema crucial de cómo *remediar* —por medio de la reestructuración interna y de la institución de un *control democrático sustantivo*— el

carácter antagónico y el simultáneo modo centrífugo de operación de las unidades distributivas y reproductivas particulares. La remoción de las personificaciones privadas del capital fue por tanto incapaz de cumplir lo que de ella se esperaba, ni siquiera como primer paso en el camino de la prometida transformación socialista. Pues la naturaleza antagónica y centrífuga del sistema negado fue mantenida a través de la superposición de un control político centralizado en perjuicio del trabajo. De hecho, el sistema metabólico social se hizo más incontrolable que en cualquier época anterior, como resultado de la incapacidad de sustituir productivamente la "mano invisible" del antiguo orden reproductivo por el autoritarismo voluntarista de las nuevas personificaciones "visibles" del capital post-capitalista.

Al contrario de la evolución del llamado "socialismo realmente existente", lo que se exigía como condición vital de su éxito sería la progresiva readquisición por los individuos de los poderes alienados de toma de decisión política —además de otros tipos de decisión— en la transición hacia una sociedad auténticamente socialista. Sin la recuperación de esos poderes, ni el nuevo modo de control político de la sociedad por sus individuos sería concebible, ni la operación diaria no-antagónica y, por tanto, cohesiva y planificable, de las unidades productivas y distributivas, auto-administrada por los productores asociados.

La reconstitución de la unidad de la esfera material reproductiva y política es la característica esencial definitoria del modo socialista de control del metabolismo social. Crear las mediaciones necesarias es tarea que no puede ser dejada para un futuro distante. Es aquí que la articulación defensiva y la centralización sectorial del movimiento socialista en el siglo XX demostraron su verdadero anacronismo y su inviabilidad histórica. Confinar a la esfera política la dimensión abarcadora de la alternativa radical hegemónica al modo de control del metabolismo social del capital jamás podrá producir un resultado favorable. Mientras tanto, en el actual estado de cosas, la incapacidad de enfrentar la dimensión vital del metabolismo social del sistema permanece como una característica de la expresión política organizada del trabajo. Este es el gran desafío histórico del futuro.

3.4

La posibilidad de que un movimiento socialista radicalmente re-articulado enfrente este desafío es indicada por cuatro importantes consideraciones.

La primera es negativa. Resulta de las contradicciones constantemente agravadas del orden existente que acentúan la vacuidad de las proyecciones apologéticas de su permanencia absoluta, pues la destructividad puede prolongarse por mucho tiempo, como bien sabemos, en virtud de nuestras condiciones en proceso de constante deterioro, pero no eternamente. La globalización actual es saludada por los defensores del sistema como la solución de sus problemas. En realidad, acciona fuerzas que colocan en relieve no solamente la incontrolabilidad del sistema por cualquier proceso racional, sino también, y al mismo tiempo, su propia incapacidad de cumplir las funciones de control que se definen como su condición de existencia y legitimidad.

La segunda consideración indica la posibilidad —y apenas la posibilidad— de una evolución positiva de los acontecimientos. Sin embargo, esa posibilidad es muy real por ser no-simétrica la relación entre capital y trabajo. Eso quiere decir que, mientras el capital depende absolutamente del trabajo —dado que el capital nada es sin el trabajo, y de su explotación permanente—, la dependencia del trabajo en relación con el capital *es relativa, históricamente creada e históricamente superable*. En otras palabras, el trabajo no está condenado a continuar eternamente preso en el círculo vicioso del capital.

La tercera consideración es igualmente relevante. Se refiere a un importante cambio histórico en la confrontación entre capital y trabajo, y trae consigo la necesidad de buscar una nueva forma de afirmar los intereses vitales de los "productores libremente asociados". Esto contrasta nítidamente con el pasado reformista que llevó al movimiento a un callejón sin salida, liquidando simultáneamente incluso las concesiones más limitadas que fue posible arrancar del capital en el pasado. Así, por primera vez en la historia, se hace totalmente inviable la manutención de la falsa laguna entre *metas inmediatas y objetivos estratégicos globales* —que hizo dominante en el movimiento obrero la ruta que condujo al callejón sin salida del reformismo. El resultado es que la

cuestión del *control real de un orden alternativo del metabolismo social* surgió en la agenda histórica, por más desfavorables que fuesen sus condiciones de realización a corto plazo.

Y, finalmente, como corolario necesario de esta última consideración, surgió también la cuestión de la *igualdad sustantiva*, por oposición tanto a la igualdad *formal* y a la pronunciada *desigualdad jerárquica sustantiva* del proceso de toma de decisión del capital, como la forma a través de la cual ella fue reflejada en la fracasada experiencia histórica pos-capitalista, pues el modo socialista alternativo de control de un orden del metabolismo social no-antagónico y genuinamente planificable —una necesidad absoluta en el futuro— es totalmente inconcebible si no tiene la igualdad sustantiva como principio estructurador y regulador.

4

CONCLUSIÓN

Siguiendo los pasos de Marx, Rosa Luxemburgo expresó de forma dramática el dilema que tendremos que enfrentar: *"socialismo o barbarie"*. Cuando Marx formuló su primera versión de esta idea, la situó en el último horizonte histórico de las contradicciones en evolución. De acuerdo con su visión, en un futuro indeterminado los individuos sería forzados a enfrentar el imperativo de tomar decisiones acertadas con relación al orden social a ser adoptado, para salvar su propia existencia.

Cuando Rosa Luxemburgo comentó esta dura alternativa, la segunda fase histórica del imperialismo estaba en pleno apogeo, provocando en enorme escala el tipo de destrucción inimaginable en un estadío anterior de desarrollo. Pero la escala de tiempo en que el sistema del capital continuaría afirmándose en la forma de "destrucción productiva" y de "producción destructiva" todavía era indeterminada durante la vida de Rosa Luxemburgo. No había en aquel tiempo ninguna potencia —ni siquiera la unión de todas— capaz de destruir la humanidad con sus conflictos devastadores.

Hoy la situación es cualitativamente diferente, y por eso la frase de Rosa Luxemburgo adquirió una urgencia dramática. No

existen conciliatorias rutas de fuga. Aún así, ni siquiera el hecho de que se pueda afirmar con seguridad que la fase histórica del imperialismo hegemónico global habrá también de fracasar por causa de su incapacidad de dar solución a las contradicciones explosivas del sistema, o incluso de postergarlas indefinidamente, es promesa de solución para el futuro. Muchos de los problemas que tendremos que enfrentar —desde el desempleo estructural crónico hasta los graves conflictos económicos, políticos y militares internacionales indicados arriba, y hasta la destrucción ecológica generalizada observada por todas partes— exigen acción combinada en futuro muy próximo. La escala temporal de esta acción tal vez pueda ser medida en algunas décadas, pero ciertamente no en siglos. El tiempo se está agotando. Así, solamente una alternativa radical al modo establecido de control de la reproducción del metabolismo social puede ofrecer una salida de la crisis estructural del capital.

Los que hablan con relación a una "tercera vía" como solución a nuestro dilema, y que afirman que no hay espacio para la revitalización de un movimiento radical de masas, o quieren engañarnos cínicamente al dar el nombre de "tercera vía" a la aceptación sumisa del orden dominante, o no entienden la gravedad de la situación, confiando en un soñado resultado positivo que viene siendo prometido durante casi un siglo, pero que no da señales de realizarse. La verdad desagradable hoy es que si no hubiera futuro para un movimiento radical de masas, como quieren ellos, tampoco habrá futuro para la humanidad.

Si tuviera que modificar las dramáticas palabras de Rosa Luxemburgo con relación a los nuevos peligros que nos esperan, sumaría a "socialismo o barbarie" la frase "barbarie si tenemos suerte" —en el sentido de que el *exterminio de la humanidad* es un elemento inherente al curso del desarrollo destructivo del capital. Y el mundo de esa tercera posibilidad, más allá de las alternativas de "socialismo o barbarie", solo tendría cucarachas, que soportan niveles letales de radiación nuclear. Es este el único significado racional de la *tercera vía del capital*.

La tercera fase, potencialmente la más mortal, del imperialismo hegemónico global, que corresponde a la profunda crisis estructural del sistema del capital en el plano militar y político, no nos deja espacio para tranquilidad o certeza. Por el contrario,

lanza una nube oscura sobre el futuro, en caso de que los desafíos históricos puestos ante el movimiento socialista no sean enfrentados con éxito mientras aún hay tiempo. Por eso, el siglo ante nosotros deberá ser el siglo de "socialismo o barbarie".

Rochester, julio-diciembre de 1999

Post scriptum

EL MILITARISMO Y LAS GUERRAS VENIDERAS*

1.

No es la primera vez que el militarismo agobia la conciencia de los pueblos como una pesadilla. Para entrar en detalles habría que remontarse muy lejos. Sin embargo, aquí es suficiente ir atrás en la historia solo hasta el siglo XIX cuando el militarismo devino instrumento principal de hacer política, junto con el surgimiento del imperialismo moderno en una escala global, en contraste con sus variantes anteriores, mucho más limitadas.

Para el último tercio del siglo XIX no solo los imperios francés y británico eran importantes soberanos de enormes territorios, sino también los Estados Unidos dejaron su impronta absorbiendo directa o indirectamente las anteriores colonias del imperio español en América Latina, sin olvidar la represión sangrienta de la gran batalla de liberación en Filipinas, e instalándose ellos mismos como soberanos en esa área de un modo que todavía hoy persiste de una forma u otra. Ni pueden olvidarse las calamidades

* Este ensayo está basado en el prefacio de la reciente traducción al turco de *Socialismo o barbarie*. Fue escrito antes de la reciente invasión de Iraq por Estados Unidos.

causadas por las ambiciones imperialistas de Bismarck, el "Canciller de hierro", y la agudizada actividad posterior de sus seguidores que resultó en el estallido de la Primera Guerra Mundial y sus profundas y contraproducentes consecuencias, al traer consigo el revanchismo nazi de Hitler, que anunciaba muy claramente la Segunda Guerra Mundial.

Son obviamente muchos los peligros y el inmenso sufrimiento causados por los intentos de resolver por la vía de las intervenciones militaristas en cualquier escala, los problemas sociales profundamente arraigados. Si observamos detalladamente la tendencia histórica de las aventuras militaristas, se verá con espantosa claridad que ellas muestran una creciente intensificación y una escala cada vez mayor, desde confrontaciones locales hasta dos horrendas guerras mundiales en el siglo XX, y un aniquilamiento potencial de la humanidad que alcanza nuestro propio tiempo.

Es muy importante hacer mención en este contexto del distinguido oficial militar prusiano, Karl Marie von Clausewitz (1780-1831), en tanto estratega práctico y teórico, quien murió el mismo año que Hegel, ambos víctimas del cólera. Fue von Clausewitz, director de la Escuela Militar de Berlín durante los últimos 13 años de su vida, quien en su libro publicado póstumamente, Vom Kriege (*Sobre la guerra*, 1833), ofreció una definición clásica de la relación entre la política y la guerra, todavía hoy frecuentemente citada: "la guerra es la continuación de la política por otros medios".

Esta famosa definición fue defendible hasta hace muy poco, pero se ha vuelto indefendible en nuestro tiempo. Ella asume la *racionalidad* de las acciones que conectan los dos dominios, el de la política y el de la guerra, como la continuación uno de otro. En este sentido, la guerra en cuestión tiene que ser *ganable*, al menos en principio; incluso si los errores de cálculo conducen a la derrota, ésta debe ser contemplada en el nivel instrumental. La derrota por sí misma no debe destruir la racionalidad de la guerra como tal; desde la nueva consolidación de la política —por más que desfavorable— la parte derrotada puede planear otra ronda de guerra como la continuación de la política por otros medios. Así, *la condición absoluta* a satisfacer en la ecuación de von Clausewitz era la *posibilidad de ganar la guerra en principio*, suficiente para

recrear el "ciclo eterno" del tránsito de la política a la guerra, y otra vez a la conducción de la política a otra guerra y así *ad infinitum*. Los actores envueltos en tales confrontaciones eran los estados nacionales. No importa cuán monstruosos eran los daños infligidos por ellos sobre sus adversarios, e incluso sobre su propio pueblo (¡sólo recuérdese a Hitler!), la racionalidad de la actividad militar era garantizada si la guerra podía ser considerada en principio ganable.

Hoy la situación es cualitativamente diferente por dos razones principales. En primer lugar, el objetivo de una guerra factible en la presente fase del desarrollo histórico —de acuerdo con los requerimientos objetivos del imperialismo— *dominación mundial* por el Estado capitalista más poderoso, en sintonía con su propio diseño de "*globalización*" autoritaria despiadada (disfrazada de "librecambio" en el mercado global dominado por los EE.UU.) es, en fin de cuentas, *inganable*, prefigurando en cambio, la destrucción de la humanidad. Este objetivo, sin dejar correr demasiado la imaginación, podría ser considerado un *objetivo racional* en consonancia con el requerimiento racional estipulado de "continuación de la política por otros medios" conducido por una nación, o por un grupo de naciones, contra otra. Imponiendo agresivamente la voluntad de un Estado nacional poderoso sobre los otros, incluso si por razones cínicas tácticas la guerra por la que se aboga es camuflada absurdamente como una "guerra puramente limitada" dirigida a otras "guerras indefinidas limitadas", puede, por lo tanto, ser calificada solamente como *irracionalidad total*.

La segunda razón refuerza en mucho la primera. Las *armas* ya disponibles para hacer la guerra de las guerras del siglo XXI son capaces, por primera vez en la historia, de exterminar no sólo al adversario sino a toda la humanidad. No podemos siquiera abrigar la ilusión de que el armamento existente marca ya el fin de la carrera. Otras armas incluso más rápidamente letales pueden aparecer mañana o pasado mañana. Además, la amenaza de usar tales armas es por ahora considerada un mecanismo estatal estratégico aceptable. De ese modo, al poner la primer razón al lado de la segunda, la conclusión es inevitable: la guerra preventiva como mecanismo de gobierno global en el mundo de hoy subraya que nos encontramos a nosotros mismos en el precipicio

de la *irracionalidad absoluta* desde la cual no hay retorno si aceptamos el curso continuo de desarrollo. Lo que se perdió de la definición clásica de von Clausewitz de la guerra como "continuación de la política por otros medios" fue la investigación de las *causas* fundamentales de la guerra y la posibilidad de *evitarla*. El desafío de hacer frente a tales causas es más urgente hoy que nunca antes. La guerra del siglo XXI que nos amenaza es no solo "no ganable en principio"; peor que eso, es *en principio inganable*. Por consiguiente, al ver como el documento de la administración Bush, fechado el 17 de septiembre de 2002 trata el tema de la guerra, la irracionalidad de Hitler aparece como un modelo de racionalidad.

2.

Desde el 11 de septiembre de 2001, Washington viene imponiendo sus políticas agresivas sobre el resto del mundo con abierto cinismo. La justificación esgrimida para el pretendido cambio de curso de la "tolerancia liberal" a lo que ahora se llama "defensa resuelta de la libertad y la democracia" es que el 11 de septiembre de 2001, los EE.UU. fueron la víctima del terrorismo mundial, en respuesta a lo cual es imperativo hacer una indefinida e indefinible —pero en los hechos arbitrariamente definida de un modo que viene bien a las conveniencias de los círculos más agresivos de los EE.UU.— "guerra al terror". La aventura militar en Afganistán es reconocida solo como la primera de una serie ilimitada de "guerras preventivas" a ser emprendidas en el futuro. Le sigue el mismo Iraq, hasta hace no mucho un aliado favorecido de EE.UU., con el fin de apropiarse los norteamericanos de los enormes recursos petroleros del Medio Oriente, cruciales estratégicamente también para controlar las potencias rivales. Como quiera, el orden cronológico en la doctrina militar americana actual es presentado completamente al revés. En realidad el asunto puede no ser de un "cambio de curso" posterior al 11 de septiembre de 2001, hecho posible, sea dicho, por la dudosa elección de George W. Bush a la presidencia en lugar de Al Gore. El presidente demócrata Clinton siguió el mismo tipo de política que su sucesor republicano, aunque con una forma

más camuflada. Cómo mismo declaró el ex-candidato presidencial demócrata Al Gore en diciembre de 2002, que él apoyaba completamente la guerra contra Iraq, porque esa guerra "no significaría un cambio de régimen" sino simplemente "el desarme de un régimen que posee armas de destrucción masiva". ¿Puede haber algo más hipócrita y cínico que eso?

Yo he estado firmemente convencido desde hace mucho tiempo que desde el comienzo de la crisis estructural capitalista de fines de los años 60 y principios de los 70 del pasado siglo, vivimos en una fase del imperialismo cualitativamente nueva, con Estados Unidos como fuerza arrolladoramente dominante. Yo lo denominé en *Socialismo o barbarie* "la nueva fase histórica de imperialismo hegemónico global".

La crítica del imperialismo de EE.UU. —en contraste con las fantasías de moda de un "imperialismo desterritorializado" que se suponía no tenía que llevar con él la ocupación militar de otros territorios nacionales— constituye el tema central de mi libro. El largo capítulo titulado *"La fase potencialmente final del imperialismo"*, fue escrito dos años antes del el 11 de septiembre de 2001 y enviado como texto público a Atenas el 19 de Octubre de 1999. Yo subrayé entonces que "la forma final de amenazar al adversario en el futuro —la *nueva diplomacia de las cañoneras*— sería el *chantaje nuclear*" (p. 40). Desde el momento de la publicación de esas líneas, primero en Marzo de 2000 en un periódico griego, y luego en un libro completo en italiano en septiembre del mismo año, el horrible cambio estratégico militar predicho hacia la amenaza final nuclear —la cual iniciaría una nueva aventura militar precipitando la destrucción nuclear— favorece la política oficial profesada por los EE.UU. ya no más camuflada sino abiertamente. Ni puede uno imaginar que la declaración abierta de tal doctrina estratégica es una amenaza ociosa contra un retóricamente propagandizado "eje del mal". Después de todo, fue precisamente Estados Unidos el que *realmente* usó el arma atómica de destrucción masiva contra el pueblo de Hiroshima y Nagasaki.

Cuando consideramos estos asuntos de extrema gravedad, no podemos estar satisfechos con ninguna sugerencia que señale una coyuntura política cambiante. Más bien debemos colocarlos contra sus antecedentes profundos de desarrollo estructural —tanto económica como políticamente necesario. Esto es muy importante si queremos prever una estrategia adecuada para contrarrestar las fuerzas responsables del peligroso estado de cosas que enfrentamos. La nueva fase histórica de imperialismo hegemónico global no es simplemente la manifestación de las relaciones existentes entre la "política de gran poder" y la ventaja arrolladora de los EE.UU., frente a la cual un realineamiento futuro entre los estados más poderosos, o incluso algunas bien organizadas demostraciones en la arena política, pueden hacerse valer con éxito. Desafortunadamente, es mucho peor que eso. Tales eventualidades, incluso si ocurrieran, dejarían intactas las causas fundamentales y las determinaciones estructurales.

Para estar claros, la nueva fase de imperialismo hegemónico global está preponderantemente bajo la égida de los EE.UU., al tiempo que otros presuntos poderes imperialistas parecen aceptar el papel de estar colgados de la cola del saco del americano, aunque por supuesto no significa que sea para la eternidad. Uno puede, efectivamente, prever sin vacilaciones —sobre la base de las inestabilidades ya visibles—, la explosión de fuertes antagonismos entre los principales poderes en el futuro. ¿Pero ello puede por sí solo ofrecer alguna respuesta al sistema de contradicciones que está en juego, sin señalar las determinaciones causales en las raíces del desarrollo imperialista? Sería muy ingenuo creer que sí.

Aquí solo deseo subrayar un asunto central, a saber, que la lógica del capital es absolutamente inseparable del imperativo de la dominación del más débil por el más fuerte. Incluso cuando una de las cosas que se considera entre los componentes más positivos del sistema, la *competencia*, resulta en expansión y avance, su compañero necesario es el camino al *monopolio*. El imperialismo actual es el resultado necesario del curso implacable del capital hacia el monopolio. Las fases cambiantes de imperialismo encarnan y afectan más o menos directamente los cambios del desarrollo histórico continuo.

En la presente fase de imperialismo, se observan dos aspectos de suma importancia íntimamente conectados. El primero es que la tendencia material-económica final del capital es a la *integración global*, la cual —haga lo que haga— no puede asegurar en el ámbito político. Esto es debido en gran medida al hecho de que

el sistema capitalista global se expresó en el curso de la historia en forma de una multiplicidad de *estados nacionales* divididos y efectivamente opuestos antagónicamente. Ni siquiera la colisión imperialista más violenta en el pasado podía producir un resultado duradero al respecto. Ellas no pudieron imponer la voluntad del Estado nacional más poderoso sobre sus rivales de modo permanente. El segundo aspecto de nuestro problema, que es la otra cara de la misma moneda, es que a pesar de todos los esfuerzos, el capital fracasó al producir *el Estado del sistema capitalista como tal*. Esta sigue siendo la más grave de las complicaciones para el futuro, sin renunciar a todo lo dicho sobre la "globalización". El imperialismo hegemónico global dominado por los EE.UU., es un último intento de súper imponerse a sí mismo sobre todos los demás estados nacionales, más tarde o más temprano recalcitrantes, como el estado "internacional" del sistema capitalista como tal. Aquí también estamos confrontados con una contradicción masiva. Incluso los documentos estratégicos más agresivos y abiertamente amenazadores de los EE.UU. tratan de justificar la "validez universal" de las políticas por las que abogan en nombre del "interés nacional americano" al tiempo que niegan tales consideraciones a los otros.

3.

Aquí podemos ver la relación contradictoria entre lo *histórico-contingente* —el capital americano encontrándose a sí mismo en su posición preponderante en el presente— y la *necesidad estructural* del sistema capitalista mismo. Lo último puede ser resumido como la orientación material irreprimible del capital a la integración global monopólica al costo que sea, incluso si ello significa directamente hacer peligrar la propia sobrevivencia de la humanidad. De tal modo, aun si uno pudiera contrarrestar con éxito en el plano político la fuerza de la nueva y extendida contingencia histórica americana —la cual estuvo precedida por otras configuraciones imperialistas en el pasado y podría ser muy bien sucedida por otras en el futuro (esto es, si podemos sobrevivir a los explosivos peligros del presente)—, la necesidad estructural o sistémica que emana de la lógica global monopolista final del

capital queda presionando como antes. En cualquier forma particular que pueda asumir una futura contingencia histórica, la necesidad sistémica fundamental tiene la obligación de mantener la dirección a la *dominación global*.

La cuestión no es, por lo tanto, simplemente las aventuras militaristas dadas de algunos círculos políticos. Es decir, aquellas aventuras militaristas que puedan ser enfrentadas y ganadas exitosamente en el plano político-militar. Las causas resultan mucho más profundamente enraizadas y no pueden ser contrarrestadas sin introducir cambios bastante fundamentales al interior de las determinaciones sistémicas del capital como un modo de control metabólico social —de la reproducción total— que abarque no solo los dominios económico y político-militar, sino también las interrelaciones culturales e ideológicas que son más mediadas. Incluso la expresión "complejo militar-industrial" introducida en un sentido crítico por Eisenhower —quien sabía una o dos cosas sobre el tema— indica claramente que lo que a nosotros nos preocupa es algo mucho más firmemente arraigado y tenaz que algunas determinaciones (y manipulaciones) político-militares directas que pueden ser en principio revertidas totalmente. La guerra como la "continuación de la política por otros medios" siempre nos amenazará, aun sin el marco actual de sociedad, y lo hace ahora con el aniquilamiento total. Nos amenazará tanto tiempo mientras no podamos confrontar las determinaciones sistémicas y las raíces de las decisiones políticas que se adoptan, que han hecho necesaria en el pasado la aventura de las guerras. Tales determinaciones entramparon a los estados nacionales en el círculo vicioso de llevar la política a las guerras, trayendo con ello la intensificación del antagonismo político que hubo de explotar en más y cada vez mayores guerras. Sustraiga de este panorama, con un argumento algo optimista, la contingencia histórica del capital americano de hoy, y habrá dejado todavía con la *necesidad sistémica* un orden cada vez más destructivo de producción del capital, que trae a la delantera las cambiantes pero crecientes contingencias históricas específicas más peligrosas.

La producción militarista, encarnada hoy ante todo en el "complejo militar-industrial", no es una entidad independiente, regulada por fuerzas militaristas autónomas, las cuales serían

también las responsables de las guerras. Rosa Luxemburgo fue la primera que puso esta relación en una perspectiva correcta; remontémonos a 1913, a su libro clásico *La acumulación del capital*, publicado en inglés hace cincuenta años. Ella subrayó proféticamente hace noventa años la creciente importancia de la producción militar apuntando que:

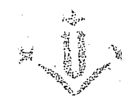
> El capital por sí mismo, por último, controla ese movimiento rítmico de producción militar a través de la legislatura y la prensa, cuya función es moldear la llamada "opinión pública". Ese es el por qué esta esfera particular de acumulación capitalista parece capaz de expansión infinita. (Routledge, Londres, 1963, p. 466)

De este modo, estamos preocupados con el grupo de interdeterminaciones que deben ser vistas como partes de un sistema orgánico. Si queremos luchar contra la guerra como mecanismo de gobierno global, como debemos, en pro de salvaguardar nuestra misma existencia, tenemos que situar los cambios históricos que han tenido lugar en las últimas décadas y su marco causal propio. El diseño de un Estado nacional dominante controlando a todos los otros, siguiendo el imperativo que emana de la lógica del capital puede conducir solamente al suicidio de la humanidad. Al mismo tiempo debe ser reconocido también que la contradicción aparentemente insoluble entre las *aspiraciones nacionales* —que explotan de tiempo en tiempo en devastadores antagonismos— y el *internacionalismo* puede ser solo resueltas sobre una base *completamente equitativa*, que es totalmente inconcebible en el orden jerárquicamente estructurado del capital.

En conclusión, por lo tanto, en función de prever una respuesta históricamente adecuada a los desafíos impuestos por la presente fase de imperialismo hegemónico global, debemos contrarrestar la *necesidad sistémica* del capital de subyugar globalmente el trabajo, a través de cualquier agencia social particular que pueda asumir el papel asignado para ello dadas las circunstancias. Naturalmente, ello es factible sólo a través de una alternativa radicalmente diferente a la dirección del capital a la globalización monopolista-imperialista, en el espíritu del proyecto socialista, encarnado en un movimiento abierto de masas. Solo para cuando sea una realidad irreversible que "Patria es humanidad", para

decirlo con las hermosas palabras de José Martí, solo entonces podrá ser relegada permanentemente al pasado la contradicción destructiva entre el desarrollo material y las humanamente valiosas relaciones políticas.

Enero 2003





Este libro ha sido impreso en la
Empresa Gráfica de Villa Clara
"Enrique Núñez Rodríguez"
en el mes de Diciembre de 2005, la
edición consta de 5 000 ejemplares.